EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CARIÑOS QUE MATAN,

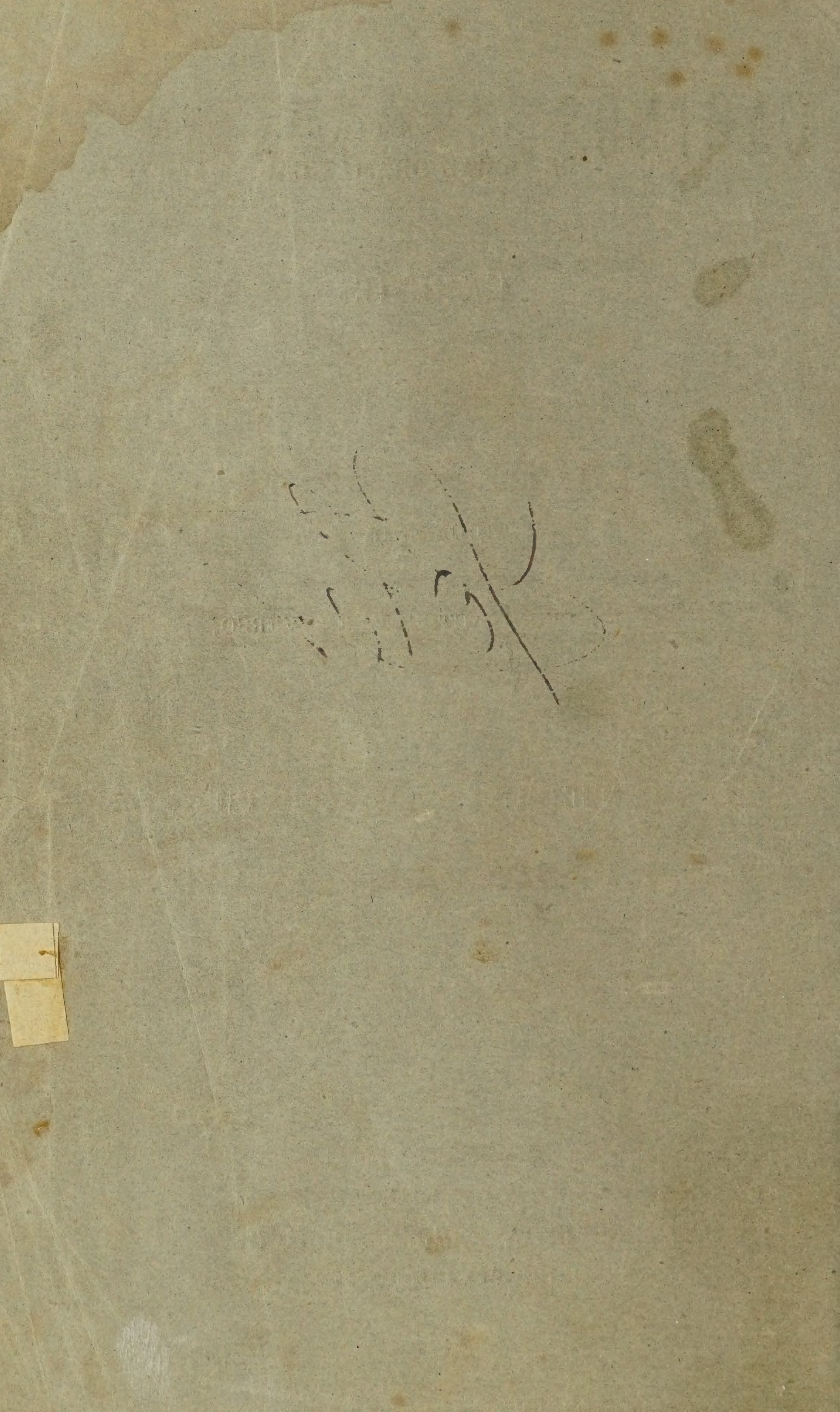
COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

CFFERINO PALENCIA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
—
1882.



CARIÑOS QUE MATAN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO
EN EL TEATRO DE LA COMEDIA LA NOCHE DEL 7 DE MARZO DE 1882,
Á BENEFICIO DEL EMINENTE PRIMER ACTOR Y DIRECTOR
D. EMILIO MÁRIO.

PRIMERA EDICION

MADRID:
Imprenta de La Iberia, á cargo de José Blasco.
LOPE DE VEGA, 23 Y 25, BAJO.
1882.

Al muy distinguido

artista Domingo Garcia.

Su reconocido!

C. Valencia

A MI MARIA

Ceferino.

PERSONAJES	ACTORES	
MARIA........................	Señora	Tubau.
ANGUSTIAS..................	»	Fenoquio.
CRISTINA	Srta.	Gorriz.
D. FACUNDO.................	Señor	Mario.
RICARDO.....	»	Aguirre.
CÁRLOS.........................	»	Romea.
Dr. BUSTAMANTE............	»	Viñas.
TONITO.........................		N. N.
UNA CRIADA.................		N. N.

ÉPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO.

SALA ELEGANTEMENTE AMUEBLADA.—CUATRO PUERTAS LATERALES: SEGUNDA IZQUIERDA HACE DE FORO.

ESCENA PRIMERA

RICARDO y MARIA sentados en un sofá.

MARIA. ¿Conque vuelves á marcharte?
RICARDO. Hija, no hay otro remedio.
Mira la carta que ayer
he recibido.—«Yo creo (Se la muestra y lee.)
que la presencia de usted
haria cambiar de aspecto
el negocio.»—En estas cosas
hay que explotar el momento
crítico, estar preparado;
como quien dice, en acecho...
MARIA. ¡Ay, qué lenguaje!
RICARDO. Te extraña,
¿no es verdad? Es muy diverso
al que tú conmigo empleas
y al que yo contigo empleo,
cuando aquí, en la santa calma
de nuestro hogar, en silencio,
haciendo abstraccion del mundo,
aunque grande, tan pequeño,
dejamos que nuestras almas
con dulcísimos acentos

se confundan, se entrelacen
y se eleven hasta el cielo.

MARIA. Así quiero verte siempre.

RICARDO. Así tambien yo te quiero;
pero hay que bajar la vista,
hay que descender al suelo,
y puesto que en él estamos,
vivir en él y *laus Deo.*
Estos deben ser paréntesis
cortos, muy cortos: el tiempo
es oro: el oro es sabido
que es el rey del Universo,
y sin él nada se alcanza
y con él se hace uno dueño
de todo: pues á buscarle,
ya que no le poseemos.
(Levantándose y disponiéndose á salir.)
¿Está todo preparado?

MARIA. Sí: ya todo está dispuesto.

RICARDO. ¡Caramba!..... las seis y media..... (Sacando el reloj.)
y yo á las ocho..... Hasta luego.

MARIA. Dime.....

RICARDO. ¿Qué?

MARIA. ¿Volverás pronto?

RICARDO. En seguida.

MARIA. Me refiero
al viaje.

RICARDO. ¡Ah! Pues supongo
que estaré aquí de regreso.....
¡qué se yo!..... lo ántes posible.

MARIA. ¡Qué vida!

RICARDO. ¿Y por quién la llevo? (Volviendo á su lado.)
¿Por quién corro yo y me agito
y ambiciono ser un Creso?
¿Por mí? Que no es por mí sabes;
pues por quien soy te prometo
que á ser yo solo en el mundo,
diérame por satisfecho
con vivir allá en mi aldea,
si ignorado, aún más modesto.....

Pero tengo otros deberes
que cumplir.

MARIA. Y con exceso
los cumples. ¿Pues qué nos falta?

RICARDO. Nada. Pero ¿qué tenemos?

MARIA. Una renta...

RICARDO. Bien pequeña;
y además, que yo me debo
á tí, á mi padre, á mis hijos.....

MARIA. ¡A tus hijos! Dí á los nuestros,
y no me llames madrastra;
que aunque tan sólo en mi seno
abrigo dí á nuestro Antonio,
á Cárlos igual le quiero.

RICARDO. ¡Qué buena, qué buena eres!
Cuando te escucho y te veo,
quisiera..... ¡vamos!..... quisiera.....
¿Sabes tú cuál es mi sueño?

MARIA. Conquistar para mí un mundo
de riquezas.

RICARDO. Eso, eso.

MARIA. Labrar para mí un palacio
portentoso, grande, inmenso,
y encerrar en sus paredes
cuanto ambiciona el deseo.
Poner para que me sirvan
lucido y brillante ejército
de lacayos, que adivinen
mis menores pensamientos.
Cubrirme de pedrería,
de encajes, de terciopelos.....

RICARDO. (Interrumpiéndola y en el colmo del entusiasmo.)
Sí, mi bien; y que en la calle,
en la iglesia, en el paseo,
al contemplar tu hermosura
y al ver tus trenes soberbios,
diga la gente envidiosa:
«Mirad: ahí va la de Olmedo.
¡Cuánto la quiere su esposo!
¡Qué lazo tan santo y tierno

debe unir esas dos almas!
¡Felices, felices ellos!»

MARIA. ¡Ese es tu sueño, Ricardo!

RICARDO. Ese, María, es mi sueño,
y realizado he de verle
ó en la demanda me quedo.
Pero, ¡ay, Dios mio, qué tarde!
(Volviendo á mirar el reloj.)
Si á tu lado..... ¡Ea, te dejo!

MARIA. ¡Adios!

RICARDO. Yo vuelvo en seguida. (Váse por el foro.)

MARIA. ¿Puede ser más verdadero
ni más grande su cariño?
¿Pues por qué sufro y me apeno?
¿Es que él le siente de un modo
distinto al que yo le siento?

ESCENA II

MARIA.—ANGUSTIAS que sale por la izquierda.

ANGUST. ¡Hola, hijita! ¿Cómo estás?
¿Te encuentras algo mejor?
¡Tienes perdido el color!
No lo niegues; y además.....
¿A ver? ¡Tu frente está fria! (Tocándola la frente.)
¡Claro! Si ya te lo he dicho:
¡tú estás mala!

MARIA. ¡Qué capricho!

ANGUST. ¡Tú estás muy mala, hija mia!

MARIA. ¡Cuántas veces la diré
que de salud estoy llena!

ANGUST. ¿Pues no dice que está buena?

MARIA. Sí, señora.

ANGUST. ¡Cállate!
Comes poco ó casi nada:
suspiras continuamente;
siempre huyendo de la gente,
siempre triste y reservada:
en nada encuentras placer.

¡Todo te produce hastío!
Pues ¿por qué es eso?

MARIA. ¡Ay, Dios mio!
¿A que me va á hacer creer?.....

ANGUST. ¿Por qué es eso, dímelo?
¿Qué sientes? ¡No estés callada!

MARIA. ¿No le he dicho á usted que nada?

ANGUST. ¡Dale con decir que no!
¡Si hasta tu sueño!.....

MARIA. ¡Qué empeño!.....

ANGUST. ¡Llámame pesada, sí!
Mas ¿querrás negarme á mí
que es intranquilo tu sueño?
Yo lo sé, yo lo he velado:
y por frases que he oido
de tu boca, he deducido
que es muy anormal tu estado.

MARIA. Mamá, ¡por la Virgen pura!

ANGUST. Por ser como tú tu padre,
está llorando hoy tu madre
su muerte tan prematura.
¡Pobrecito! En los sesenta
rayaba cuando murió,
y hasta el dia que espiró
no se dió el médico cuenta
de su mal. Él suponía
que era una *gastro-enteritis*
cuando fué una *timpanitis*
lo que le mató, hija mia.
En fin, no te hablaré más;
puedes hacer lo que quieras.
El dia que tú te mueras
irá tu madre detrás! (Lloriqueando.)

MARIA. ¡Vaya, me marcho de aquí! (Incomodada.)

ANGUST. ¡Bueno, vete!

MARIA. ¡Se acabó!

ANGUST. ¡La culpa me tengo yo
por quererte tanto!

MARIA. ¡Sí!

ESCENA III

Dichas. D. FACUNDO y TONITO. Tonito viene tocando el tambor y D. Facundo con una escopeta al hombro, ejecutando lo que marca el diálogo.

FACUNDO. ¡Alto! Media vuelta. ¡Arrr!
¡Firmes! ¡Descansen! Así.
MARIA. ¡Jesús! ¡Dios mio!
FACUNDO. ¡Ji! ¡Ji!
MARIA. ¿Qué hacen ustedes?
FACUNDO. Jugar.
¿Qué hemos de hacer?
ANGUST. ¡Está loco!
FACUNDO. Mas por ahora nos paramos,
porque estoy rendido, y vamos
á descansar aquí un poco.
ANGUST. ¡Ya lo creo! ¡Tal trajin
trae usted!
FACUNDO. Así vivimos.
¿No es verdad? Ahora venimos
de regar todo el jardin. (A Tonito.)
ANGUST. ¿Escuchas esto y te callas? (A Maria.)
FACUNDO. Jugamos allí á los toros,
y entre cristianos y moros
simulamos mil batallas,
y nos hacemos añicos
los trajes, y nos pegamos,
y corremos, y saltamos.....
ANGUST. ¿Quién? ¿usted?
FACUNDO. Yo y otros chicos.
MARIA. ¡Siempre con el mismo humor!
FACUNDO. Y así me conserve el cielo.
—Venga usted con el abuelo
y deje usted el tambor. (A Tonito desatándoselé.)
¿Quién este nudo desata?
Ea, ya está: sube aquí.

(Queriéndole poner sobre sus rodillas, haciéndolo con mucho trabajo y casi dejándole caer.)

¡Aupa! ¡aupa!

ANGUST. ¡Ay! (Alarmada.)

FACUNDO. ¡Ji! Ji!

ANGUST. ¡Jesús! ¡un dia le mata!

FACUNDO. ¡Dí que no, que son engaños! (A María.)
—¡No sea usted zizañera!

ANGUST. ¡Si no puede usted siquiera
con el peso de sus años!

FACUNDO. ¡Que no estoy fuerte! ¡Pues digo!.....
Aún si la ocasion se ofrece.....

ANGUST. ¡Vaya!

FACUNDO. ¿A usted que le parece?
¿Se echa usté á reñir conmigo?
(A un movimiento que hace parece que otra vez se le cae el niño.)

ANGUST. ¡Ay, le estoy viendo en el suelo! (Queriendo quitársele.)

FACUNDO. ¡Defiendeme, Maricuela! (Forcejeando.)

ANGUST. Traiga usted: ¡yo soy su abuela!

FACUNDO. ¡Y eso qué! ¡yo soy su abuelo!

ANGUST. ¡Nada me importa!

MARIA. ¡Por Dios!

FACUNDO. ¡Qué afan de presagiar males!

MARIA. Vaya, ¡pues los dos iguales!
¡Con ninguno de los dos! (Quitándosele.)

ANGUST. ¡Bien hecho!

FACUNDO. ¡Sí, muy bien hecho!
Y yo no me he de oponer:
es suyo, le ha dado el sér
y está muy en su derecho.
Mas robarle á mi cariño
otra que su madre..... Dí:
¿A quién quieres más? (A Tonito.)

TONITO. A ti.

FACUNDO. ¿Oye usted?

ANGUST. Si usté es un niño
como él.

MARIA. A no dudar.
—Y usted sus gustos halaga,
y le mima.....

ANGUST. Pues Dios haga

que no tengas que llorar
ese cariño algun dia.
¡Siempre á vueltas con el chico!

FACUNDO. Ya ves que yo no replico.

MARIA. ¡Mamá!....

ANGUST. Me callo, hija mia.
No aumentaré tu dolor
ni exacerbaré tu pena.
(Lo dicho; que no está buena:
hoy mismo llamo al doctor.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV

Dichos ménos ANGUSTIAS.

FACUNDO. No quiero buscar cuestiones;
pero de quicio me saca
tu madre: es monomaniaca:
¡mejor madama aprensiones!
Anda, ya que se marchó
no seas tú tan cruel:
deja que me mire en él,
¡deja que le tenga yo!
(Cogiendo el niño y poniéndole sobre sus rodillas.)
¿Dónde hay placer más completo
para el tronco carcomido
que verse reproducido
en un retoño, en un nieto?
¿Qué dicha puede igualar
á esta que tanto me halaga?
¿Ves? La luz que en mí se apaga,
en él comienza á brillar.
Y el fuego que en su frente arde
me inunda con su arrebol.
¡El primer rayo de sol
y el último de la tarde!
Todo vive, nada muere:
¡yo vivo en él y él en mí!
¿Qué hacer? ¡La vida es así!
¡el Señor así lo quiere!

Otros á él le empujarán
cuando llegue á ser anciano;
que en el oleaje humano
unos vienen y otros van.
Yo ya pronto.....

MARIA. ¡Sabe Dios!
¡Vamos!..... (Consolando á Facundo que llora.)

FACUNDO. ¡Viejo y achacoso!.... (Transicion.)
—¡Qué contraste tan hermoso
hacemos ahora los dos!
¿Verdad? Él capullo tierno
que en la primavera brota:
yo rama que el cierzo azota
en cruda noche de invierno:
arroyo que de la vida
el valle empieza á cruzar;
yo rio que en hondo mar
halla el fin de su partida.
¡Qué diferentes edades!
¡qué distintas sensaciones!
Él, tesoro de ilusiones:
¡yo, de tristes realidades!
Para mí pesada cruz
la que á él le alienta en su marcha.
¡Mira el rocío y la escarcha,
las tinieblas y la luz!
—Ven, ven, abrázame..... ¡Así!
(Apretando el niño á su pecho.)
Fuerte, fuerte, ¡aprieta más!
No me abandones jamás:
¡nunca te apartes de mí!
No me dejes, hijo mio;
que no me falte tu amor;
¡que á tí te sobra calor
y yo me muero de frio!
—Pero qué es eso, ¿has llorado?
(Reparando en María que se le han saltado las lágrimas.)

MARIA. De oirle á usté.

FACUNDO. Estos extremos
que hago yo... ¡Bah! ¡bah! Dejemos

filosofías á un lado.
Ni aunque sea de alegría
verte llorosa me agrada.
¡Pues no te quiero yo nada
que digamos, hija mia!
Y, no obstante, tu enemigo
he sido algun tiempo.

MARIA. ¿Sí?
¿Y por qué causa?

FACUNDO. ¡Ji! ¡Ji!
Voy á ser franco contigo:
te lo voy á confesar.
—Cuando un dia nos llamó
Ricardo, y nos anunció
que otra vez se iba á casar,
Carlines y yo, en conciencia,
nada debimos decir;
mas no pudimos oir
la noticia con paciencia;
que á los dos nos contrariaba
creer cierto nuestro daño,
viendo que tú, un sér extraño,
en la familia se entraba.

MARIA. No era injusta la ojeriza.

FACUNDO. ¡Y mucho! ¿Cómo que no?

MARIA. ¿Qué soy para Cárlos yo
sino una madre postiza?

FACUNDO. ¿Quieres callar? Mas te vimos:
uno en otro nos fijamos.....
y yo sé lo que pensamos,
porque los dos sonreimos:
pues ambos, tu rostro al ver,
nos dijimos: «Cosa clara:
un cielo lleva en su cara,
una santa debe ser.»

MARIA. ¡Papá!

FACUNDO. ¡Y una santa eres!
No son extrañas ideas.
¡Bendita, bendita seas
entre todas las mujeres!

MARIA. ¿Y por qué? ¿Pues yo que hago
sino cumplir mi deber?
¿Qué ménos puedo yo hacer?
Me dan cariño y le pago.

FACUNDO. Pero ¿te le dan?

MARIA. Con creces:
tanto, que colma mi afán.

FACUNDO. ¡Qué ángel! ¡Nunca te darán
todo el que tú te mereces!

MARIA. Pues Ricardo.....

FACUNDO. Con locura
te quiere.

MARIA. ¿Le hay más amante?

FACUNDO. ¿Por qué entónces tu semblante
no refleja esa ventura?

MARIA. Soy feliz, créame usté.

FACUNDO. Júralo.

MARIA. ¡Qué desvarío!
¿Quién te quiere á tí, amor mio?
(Cogiendo al niño, besándole y procurando ocultar su emocion.)

FACUNDO. (Bueno, yo me enteraré.)
Anda, vamos á jugar
á otra cosa. ¿Traigo el coche?

MARIA. No, señor, que ya es de noche
y el niño se va á acostar.

FACUNDO. ¡Mira como tuerce el gesto!

MARIA. ¡Cá! ¡Si él es bueno!

FACUNDO. ¡Bribon!

MARIA. Y ya sabe una oracion
mi nene.—«Con Dios me acuesto».....
(Diciéndosela para que la repita el niño.)

FACUNDO. ¡Alza! ¿Toda entera?

MARIA. Sí.
—Dé usté un beso al abuelito,
y á la cama.

FACUNDO. ¡Pobrecito!
Déjalo otro poco aquí.

MARIA. Es tarde.

FACUNDO. ¡Por vida de!.....
Luego irá á verte el *abelo*

y le tirarás del pelo,
y haremos títeres, ¿eh?
¡Qué cara! ¡Voto á mi nombre!

MARIA. (¡Al cabo le hará llorar!)

FACUNDO. ¡Irse tan pronto á acostar!.....
¡No, pues cuando sea hombre!.....

MARIA. Pero entre tanto.....

FACUNDO. ¡Tirana!
¡Nos vengaremos los dos!

MARIA. ¡Adios, abuelito, adios!
(Procurando que el niño repita esas frases.)

FACUNDO. ¡Remonono! ¡Hasta mañana!
(Colmándole de besos. María se retira con el niño por la derecha segundo término.)

ESCENA V

FACUNDO, CRISTINA y CÁRLOS que vienen por el foro como disputando.

CARLOS. Mira, si así te alucinas
tendremos dos mil cuestiones:
¡siempre estás viendo visiones!

CRISTINA. ¡Siempre estoy viendo vecinas!

FACUNDO. ¡Hola, futuritos!

CRISTINA. (Sin hacer caso del abuelo.) Sí:
¡tú la has mirado al pasar!

CÁRLOS. ¡Hija, no voy á cerrar
los ojos!

CRISTINA. ¡Pobre de mí!
—¿De dónde vienes?

CÁRLOS. ¡Pues harto
lo sabes!

CRISTINA. ¡No mientas! ¡Vete!
¡Sales de clase á las siete
y son ya las siete y cuarto!

CÁRLOS. ¡Digo! Mientras llego aquí.....

CRISTINA. ¡Porque te has entretenido!
O si no, ¿en qué has invertido
ese cuarto de hora, dí?

FACUNDO. ¿Qué es eso?

CÁRLOS. Esta, que me infiere
una ofensa.
FACUNDO. ¡Tened calma!
CRISTINA. ¡Ay, padrinito del alma,
no me quiere, no me quiere!
(Llorando y cayendo en sus brazos.)
FACUNDO. ¡Arroja de ti esa pena!
El chico es fiel á tu amor.
CRISTINA. ¡No me quiere, no, señor!
Claro, como soy morena,
no soy su tipo.
FACUNDO. Sí tal.
CRISTINA. Él se lo ha dicho á la Inés;
que una mujer rubia es
el tipo de lo ideal.
FACUNDO. ¡No es eso lo que diria!
CÁRLOS. Sí que lo dije, abuelito;
pero fué, y te lo repito,
por mera galantería.
Además de que la Inés
es casada y yo soltero.
FACUNDO. ¡Ah! Pues si es casada.....
CRISTINA. Pero......
la vecina no lo es......
y como es rubia y bonita
y muy coqueta.....
FACUNDO. ¡Bah! ¡bah!
CRISTINA. ¡Pero á mí no me la da!
Es porque se tiñe..... ¡Quita!
(A Cárlos que se aproxima á hablarla.)
FACUNDO. Escucha lo que te digo
y desarruga el semblante.
Desde hoy en adelante,
que jamás encuentre abrigo
esa sospecha traidora
en tu pecho virginal:
el tipo de lo ideal
es el sér á quien se adora.
CÁRLOS. Si es inútil predicarla
y en vano es todo consejo:

si en cuanto de verla dejo
cree que dejo de amarla.

CRISTINA. ¿Qué dijo usted cuando al cabo
sus protextas acepté?
—«Siempre, Cristina, seré
su más fiel y humilde esclavo.
Mirar su imágen querida
será mi constante anhelo,
que usté es mi encanto, mi cielo,
mi gloria, mi luz, mi vida.»

FACUNDO. ¡Echa! ¡echa!

CÁRLOS. ¿Y lo jurado
no cumplo?

CRISTINA. Si me amas, dí:
¿por qué, por qué huyes de mí,
y no vuelas á mi lado?

CÁRLOS. Porque yo no sé volar:
por esa y otras razones;
porque tengo obligaciones
á que no puedo faltar.

CRISTINA. ¡Lo mismo te estoy oyendo
hace dias, y me vendes!

CÁRLOS. Pero, hija, ¿tú cómo entiendes
el cariño?

CRISTINA. Así lo entiendo.
Dos se quieren: ¿no es verdad?
Pues por desdicha ó fortuna
desde aquel instante, una
es su alma y su voluntad.
¿Sientes tú lo que yo siento?
Toma en cambio mi albedrío,
y cual reinas tú en el mio
reine yo en tu pensamiento.
¿Abrigas dudas extrañas?
Ya á mi amor no eres constante:
Si me olvidas un instante,
en ese instante me engañas.
¿Te duermes? Pues me has de ver,
y has de verme al despertar:
que al dejarme de mirar

ya me dejas de querer.
Y, en fin, todo para mí,
porque de todo recelo.
¡Y no mires ni aun al cielo,
si es que no me ves allí!

CÁRLOS. Si hablas con esa pasion
y de tal modo te exaltas....

CRISTINA. Pues bien; si sé que me faltas
no solo con la intencion:
si así te burlas de mí
y es tu conducta alevosa,
¿hago mal en ser celosa
y en desconfiar de tí?
¿No es tuyo mi corazon?
¿No es tuya mi alma sencilla?

FACUNDO. ¡Tiene razon la chiquilla!

CÁRLOS. ¡Abuelo!

FACUNDO. Tiene razon.

CÁRLOS Pero, hombre, ¿es tan disoluta
mi vida? ¿Soy un bandido?
Hija mia, tú has nacido
para ser reina absoluta.
Yo no niego ni he negado
que ser tu esclavo juré:
pero comprende que fué
en sentido figurado;
que si de otro modo fuera
seria una atrocidad;
no tendria libertad
para respirar siquiera.
Si miro, te causo enojos,
y si hablo, te vuelves loca.
¿Para qué quiero la boca?
¿Para qué tengo los ojos?
¿No te dí ya mi albedrío?
¿Palabra y fé no te dí?
Pues bien, confía tú en mí
como yo de tí confío.
Que así el cariño comprendo
y cualquiera lo comprende.

Quien duda de mí me ofende :
si dudo de tí te ofendo.
Y respecto á soñar, dí,
angel mio, por san Pablo,
cuando sueñe con el diablo,
¿cómo voy á verte á tí?
En fin, cosa de aburrirse;
con esos malditos celos
dudas hasta de los cielos,
¡que es cuanto puede decirse!
Si no tienes reflexion.

FACUNDO. ¡Mira, pues no dice mal!

CRISTINA. Pero...

FACUNDO. Yo soy imparcial:
tú tambien tienes razon. (A Cárlos.)

CRISTINA. ¿Pues no dijo usté há un instante?

FACUNDO. Porque no lo habia oido;
pero ahora me he convencido.
(¡Qué labia tiene el tunante!)
Conque no tientes á Dios...

CRISTINA. Sí, porque no sabe usté...

FACUNDO. Hija, yo tan sólo sé
que os quiero mucho á los dos.
Y, ó dejo de ser Facundo...

CRISTINA. Si soy muy tonta, muy necia ..
¡Todo el mundo me desprecia
porque estoy sola en el mundo!

FACUNDO. ¡Cristina!

CÁRLOS. ¡Bonitos modos!

FACUNDO. ¿Eso tu mente imagina?
No digas eso, Cristina,
que nos ofendes á todos.
Eres huérfana, es verdad;
pero al traerte á mi lado,
en esta casa has hallado
un alivio á tu orfandad.

CRISTINA. Soy muy ingrata, lo sé;
mas yo ofender no he querido...

FACUNDO. No, si no me has ofendido,
pero...

CRISTINA. Yo me enmendaré.
CÁRLOS. ¡No sabes lo que te haces
ni lo que dices!
CRISTINA. Por tí.
FACUNDO. Venid los dos junto á mí
y hagamos los tres las paces. (Abrazando á los dos.)
—¿Tú la quieres?
CÁRLOS. ¡Con locura!
FACUNDO. ¿Y tú?
CRISTINA. ¡Con toda mi alma!
FACUNDO. Pues á recobrar la calma
y á gozar vuestra ventura.
Más no te aflijas ni llores
ni vuelvas á hacer extremos:
(Como confidencialmente.)
todavía no debemos
declarar vuestros amores.
CRISTINA. Don Ricardo se opondrá.
FACUNDO. Si se opone, que se oponga;
ó hace lo que yo disponga
ó si no él lo perderá.
Cuando éste haya terminado
su carrera, y sea un hombre,
y tenga adquirido un nombre
y un título de abogado...
CRISTINA. ¡Qué gusto!
FACUNDO. Fiad en mí.
CRISTINA. Ya ni sufro ni me apeno.
¡Qué bueno es usted, qué bueno!
Ya estoy contenta.
FACUNDO. ¡Ji! Ji!
CRISTINA. ¡La alegría me rebosa!
¡Qué feliz soy este instante!
Verás cómo en adelante (A Cárlos.)
ya no vuelvo á ser celosa.
Yo tendré más reflexion,
¡te lo juro!
FACUNDO. ¡Qué mujeres!
CRISTINA. ¡Ah! ¡Chits! ¡Carlillos! (Desde la puerta.)
CÁRLOS. ¿Qué quieres?

CRISTINA. ¡Que no mires al balcon!
(Váse por la izquierda, segundo término.)

ESCENA VI

D. FACUNDO y CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Vaya un modo de enmendarse!
¡Señor, esto quién lo aguanta!
FACUNDO. Mira á ver si está escuchando
tras la puerta.
CÁRLOS. ¿Tengo carta?
FACUNDO. Tienes dos, y á nombre mio
las dos. (Sacándolas y entregándoselas.)
CÁRLOS. Vengan.
FACUNDO. ¡Tarambana,
que me estás comprometiendo!
¡Meterme á mí en estas danzas!...
CÁRLOS. ¿Qué ménos puede usté hacer
por su nieto?
FACUNDO. ¡Anda de ahí, maula!
CÁRLOS. A ver: esta es de Matilde, (Abriendo una.)
la que cose en ropa blanca.
FACUNDO. Cállate, nada me digas,
que no quiero saber nada.
¿Qué te dice, qué te dice?
(Aproximándose á leer la carta que tiene Cárlos.)
CÁRLOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
FACUNDO. ¿Que te *idolatra*?
CÁRLOS. «Ayer no pude ir al baile
porque estoy muy ocupada.
Estoy bordando camisas
y pantalones y chambras,
y todo para unos novios
que se unen esta semana.
¡Cuándo bordaré mi equipo!
¿Cuándo me veré *cazada*?»
FACUNDO. ¿*Cazada*? ¡Ji! ¡ji! ¡Qué cosas
escriben estas muchachas!
¿Es andaluza? ¿Cecea?

CÁRLOS. No, señor; es de la Alcarria;
pero escribe en andaluz.
Escuche usted la *postdata:*
«Mañana es mi cumpleaños.»

FACUNDO. Bueno: debes contestarla
que los tenga muy felices.

CÁRLOS. Tendria eso mucha gracia;
pero no se lo merece.
Si no estuviera á la cuarta
como estoy siempre...

FACUNDO. (Sacando dinero.) Entendido.
Dos pesetas columnarias...
De estas quedan ya muy pocas. (Dándoselas.)

CÁRLOS. Pero abuelo...

FACUNDO. ¿Las rechazas?

CÁRLOS. Vengan. La compraré un coche.
A ver la otra... de la Paca: (Abriendo otra carta.)
esta sí que es andaluza;
árabe de pura raza.

FACUNDO. ¿Pero, chico, cuántas tienes?

CÁRLOS. Mi padre viene á esta sala.

FACUNDO. ¿Sí? Pues cambiemos de rumbo,
porque luego me regaña.
¡Dice que te echo á perder,
y eso no es verdad, caramba!
(Adoptando un aire sentencioso.)
—Tenlo presente, hijo mio.
El trabajo, la constancia,
la aplicacion al estudio
y la obediencia al que manda,
son dotes que en este mundo
justa recompensa hallan.
Sé bueno por egoismo,
que el ser bueno es una ganga.

ESCENA VII

Dichos. RICARDO, que ha estado oyendo la última parte de la escena.

RICARDO. ¿Y ese sermon á qué viene?
FACUNDO. ¡Hola, Ricardo! ¿Ahí estabas?
RICARDO. ¿Ha dado motivo alguno?
FACUNDO. No, muy al contrario. ¡Vaya!
Pero estábamos hablando;
y como eso nunca daña,
yo le daba unos consejos
hijos todos de mis canas.
RICARDO. ¿Supongo que ya sabrás
que me ausento? (A Cárlos.)
CÁRLOS. Lo ignoraba.
RICARDO. Pues bien: mientras yo esté fuera,
que no se vea aquí hollada
mi autoridad. A tus clases,
y desde la clase á casa.
Si quiere salir María
á paseo, la acompañas;
pero nada de amiguitos,
de cafés, ni de jaranas.
Hoy por hoy, mientras no tengas
tu carrera terminada,
debes pensar solamente
en los libros, que mañana
tiempo tendrás para todo.
¡Ah! que ya se me olvidaba.
Ayer te han visto fumando.
FACUNDO. (¡Este hijo mio está en Babia!
Hasta los niños de teta
fuman hoy y usan petaca.)
CÁRLOS. Me dió un cigarro un amigo,
y porque no lo tomara
á desaire, le acepté.
RICARDO. ¡Pues no hay amigos que valgan!
El fumar siempre es un vicio.
¡te lo he prohibido y basta!

FACUNDO. (A Ricardo.) (Mira que tiras del freno
demasiado. Rienda larga
es lo que su edad exige.)
RICARDO. (Calle usted. ¡Bonitas máximas!
La juventud siempre es ciega
y es preciso refrenarla.)
FACUNDO. (Bueno, cuando tú te marches...)
(Pasando al lado de Cárlos.)
(Déjalo, cuando él se vaya...)
RICARDO. ¿No le querré yo por eso?
Además, que él no me guarda
rencor. ¿No es cierto, hijo mio?
CÁRLOS. Sí, señor.
RICARDO. ¡Ven, buena alhaja!
Cuando él sea un abogado...
FACUNDO. (Ya defenderá su causa.)
RICARDO. Le abriré yo mismo, yo,
las puertas de esta morada:
le haré ver lo que es el mundo,
y de su ambicion en alas
podrá volar cuanto quiera
y hacer lo que más le plazca.
FACUNDO. (¡Qué equivocado está el pobre!
En fin, allá se las haya!)

ESCENA VIII

Dichos. Dr. BUSTAMANTE apareciendo en el foro.

BUSTAM. ¡Señores!...
LOS TRES. ¿Eh?
BUSTAM. Servidor.
RICARDO. Muy señor mio. Adelante.
BUSTAM. Soy el doctor Bustamante.
RICARDO. ¿Cómo?
BUSTAM. Que soy el doctor.
RICARDO. Ya lo hemos oido, sí.
FACUNDO. ¿Y á quién viene usté á curar?
BUSTAM. Se me ha mandado llamar...
RICARDO. ¿Pues quién está malo aquí?

Quizá venga usté engañado.

BUSTAM. ¡Oh, no! Creerlo no puedo.
¿No es usté el señor de Olmedo?

RICARDO. Sí, señor.

BUSTAM. Yo vivo al lado;
aquí, en el número tres,
y á toda la vecindad
conozco.

RICARDO. Sí, sí, es verdad.
Pero el enfermo ¿quién es?
¡Será María! (Alarmado.)

ESCENA IX

Dichos. ANGUSTIAS.

ANGUST. Soy yo.

RICARDO. ¿Pues qué tiene usted?

ANGUST. No es nada.
Estoy algo delicada;
pero no es gran cosa.

RICARDO. ¿No?

ANGUST. Nada, te puedes marchar.
(No quiero que este se apure.
Me he propuesto que se cure
mi hija, y se ha de curar.)
Ya consultaremos luego,
doctor.

BUSTAM. A su órden estoy.

RICARDO. Es que no me marcho hoy.....

ANGUST. No, no: vete, te lo ruego.
Hice llamar al señor
por ver si esto se me pasa,
y porque en ninguna casa
está demás un doctor.
¿No es cierto? (A Bustamante.)

BUSTAM. Creo que sí.

FACUNDO. Pues yo, la verdad, querido,
los temo, los he temido

más que á la peste.

ANGUST. Hoy á mí:
mañana á tu padre.....

FACUNDO. (Asustado.) ¿Eh?
Déjeme usté en paz, señora,
que á mí no me duele ahora
nada.

ANGUST. ¡Sí, bueno está usté!.....
Con los excesos que hace,
todos hijos del capricho,
un dia, yo ya lo he dicho.....

FACUNDO. ¡Mejor! *Requiescant in pace.*
¡Siempre buscando disputa!

RICARDO. ¡Padre!.....

FACUNDO. ¡Si está en un error!

ANGUST. Que nos lo diga el doctor.
¿Le conviene comer fruta?

BUSTAM. No.

ANGUST. Pues la come sin miedo,
sin que le detenga nada;
y, claro está, coge cada
cólico, que canta el credo.
Sin ir más lejos, ayer
comió cerezas.

FACUNDO. (¡Qué ricas!)

ANGUST. No lo niegue usted, las chicas
lo han descubierto al barrer.
En un rincon de su alcoba
estaban los huesos.

RICARDO. ¿Sí?

FACUNDO. Bueno. ¿Y cuántas me comí?

ANGUST. ¡Yo no digo que una arroba!
Y es lo peor que á Tonito,
—aunque gruñe su mamá,—
de cuanto come le dá:
hasta que al pobre angelito
le dé un dia un torozon,
y ¡adios! Lo he pronosticado:
el dia ménos pensado
¡mueren de una indigestion!

BUSTAM. O le acomete un acceso.....
RICARDO. ¿Oye usted? ¡Oye al doctor?
Desde hoy, papá, por favor...,
FACUNDO. ¡Dale! ¡Que no creas eso!
RICARDO. Sus achaques y su edad
exigen mucho cuidado.
A usted queda encomendado,
doctor.
FACUNDO. (¡Qué barbaridad!)
RICARDO. Viene usted diariamente.....
FACUNDO. Pero, hombre, ¿tú no meditas?.....
RICARDO. Y hace usted cuantas visitas
tenga usté por conveniente.
FACUNDO. Un doctor es un peligro
constante. (A Ricardo que no le hace caso.)
RICARDO. No pongo tasa.
FACUNDO. ¡El cólera morbo en casa!
(No, pues no me coge: ¡emigro!)
BUSTAM. Yo celebro esta ocasion,
en que ganancioso salgo;
y desde hoy cuanto sé y valgo
está á su disposicion.
Como siempre, aquí he de ser,
con exquisita conciencia,
sacerdote de la ciencia
y esclavo de mi deber.
Usted por sí juzgará.....
FACUNDO. (¡No te diera un tabardillo!)
BUSTAM. Mi sistema es muy sencillo:
el homeópata.
FACUNDO. ¡Ya!
BUSTAM. Ciencia que no está basada
en jarabes ni en unturas:
nosotros hacemos curas
maravillosas con nada.
Combatimos todo mal
sin molestar al paciente:
le ayudamos solamente.....
FACUNDO. A morirse: es natural.
BUSTAM. Y con método y quietud

que uno pone de su parte;
con higiene, que es el arte
de conservar la salud,
recorre el hombre el trayecto
de la vida y de la edad,
llegando á la ancianidad
en un estado perfecto.

RICARDO. (No es torpe.) (A Facundo.)
FACUNDO. (¡Quita de ahí!)
ANGUST. Este doctor es muy ducho.
Sabe mucho.
FACUNDO. Sí, ¿eh?
ANGUST. ¡Mucho!
BUSTAM. Usted, segun lo que oí, (A Facundo.)
es por demás caprichoso
y huye de todo consejo;
razon por la que es un viejo
cacoquimio y pituitoso.
FACUNDO. ¿Cómo es eso? Cacoqui......
BUSTAM. Muy débil y muy gastado.
ANGUST. ¡Que es usté un desarreglado!
BUSTAM. Bueno: ¡yo le arreglaré!
Le diré que tenga juicio,
ya que á su salud me debo:
y desde hoy le pondré un nuevo
régimen alimenticio.
Le haré cambiar de costumbres:
nada de salsas ni asados,
ni de carnes, ni pescados,
ni verduras, ni legumbres.
FACUNDO. ¿Conque nada de eso?
BUSTAM. Nada.
FACUNDO. Ni pescados, ni..... ¡corriente!
¿Quiere usted que me alimente
con harina lacteada?
BUSTAM. ¡Ja! ¡ja!
FACUNDO. ¡Querer arreglarme
á mí!.....
BUSTAM. ¡Gasta usté un humor!......
RICARDO. Con su permiso, doctor,

yo ahora tengo que marcharme.
—Cárlos, llama á tu mamá.

CÁRLOS. Aquí viene con Cristina.

ESCENA X

Dichos MARIA y CRISTINA que traen respectivamente una manta y una gorra de viaje.

MARIA. Toma.
CRISTINA. ¡Tome usté!
BUSTAM. (¡Es divina!)
RICARDO. El doctor Bustamante. (Presentándole.)
LAS DOS. ¡Ah!
RICARDO. Desde hoy hará sus visitas
aquí.
FACUNDO. (¡Que así nos obligue!.....)
MARIA. (¡El nécio que me persigue!)
CRISTINA. (¡El que me manda cartitas!)
RICARDO. Tu madre está delicada
y le ha mandado venir.
MARIA. Bien: mas te debo decir.....
RICARDO. Nó: no puedo escuchar nada. (Sacando el reloj,)
¡Adios! ¡adios!
FACUNDO. ¿Y Tonito?
(Cristina habrá pasado al lado de Cárlos.)
CRISTINA. Me hace el amor.
CÁRLOS. Tú eres fiel.
FACUNDO. No va á despedirse de él.
(Vase segunda puerta izquierda.)
RICARDO. Conque, Cárlos, te repito.....
ANGUST. ¡Jesús, señor, corre un viento!.....
Abrígate bien.
(Levantando el cuello de la americana á Ricardo y procurando abrocharle y abrigarle.)
MARIA. Escucha.
RICARDO. ¡Tengo mucha prisa, mucha!

BUSTAM. (Con audacia y con talento.....)

RICARDO. ¿Y el niño?

(Facundo sale trayendo al niño en brazos y medio desnudo. Todos se asustan. Angustias cierra todas las puertas. María le quita el niño y procura abrigarle.)

FACUNDO. ¡Aquí está!

TODOS. ¡Oh!

ANGUST. ¡Con este aire!....

CÁRLOS. ¡Adios, papá!

RICARDO. ¡Ahí se queda tu mamá!

(Yéndose y despidiéndose de todos.)

MARIA. Justo: ¡aquí me quedo yo! (Con desaliento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

GABINETE DE SEÑORA OCHAVADO.—CHIMENEA AL FONDO.—DOS PUERTAS EN EL FORO DERECHA É IZQUIERDA.—PUERTA LATERAL IZQUIERDA Y BALCON Á LA DERECHA.

ESCENA PRIMERA

FACUNDO y TONITO sentados en dos banquetitas.

FACUNDO. Ahora que estamos solitos
y que nadie nos acecha,
vamos á jugar un poco.
¿Sabes á qué? A las meriendas.
Y que este era el campo, ¿eh?
y esta alfombra era la hierba,
y esos sillones los árboles,
y las fuentes esas mesas.
Aguarda, aguarda un momento,
ten un poco de paciencia
mientras saco las viandas.
(Esforzándose para sacar un pañuelo que contiene lo que marca el diálogo.)
Vamos: ¿á que tú no aciertas
lo que hay en este pañuelo?
¡Altramuces y cerezas!
¡Anda! ¡esto sí que te gusta!
¡Bribon! ¡y cómo te alegras!
Ha ido el *abelo* á comprarlas
sin que ninguno le vea.
¡Ji! ¡ji! ¡ji! que me prohiban,

¡que me prohiban comerlas!
Por eso mismo las cómo.
Empiece el reparto: espera:
extiende tu delantal.
(Tonito lo hace y Facundo va repartiendo y contando.)
Una, dos..... ¡qué gorda es esa!
¡Vale por tres! Cuatro, cinco.....
¡Huy! ¡Que creo que alguien llega!
¡Toma, toma dos puñados
y para mí todas estas!
(Guardándoselas muy apresuradamente.)
¡Cógelas bien, tápalas!
¡Pícara coincidencia!
—Vete al cuarto del *abelo*,
y allí, detras de la puerta,
te las comes.—¿Qué importuno?....
Vaya por Dios. ¡Mi consuegra!
(Reparando en Angustias. Facundo ha llevado al niño de la mano hasta la puerta de la derecha, por donde desaparece.)

ESCENA II

FACUNDO. ANGUSTIAS

FACUNDO. ¿Y Mariquita?
ANGUST. ¡Silencio,
que los ruidos la molestan!
FACUNDO. ¿Pero no se le ha calmado
esa pícara jaqueca?
Con dos paños de vinagre
está la cosa resuelta.
ANGUST. ¡Ojalá!
FACUNDO. ¡Pues ya lo creo!
ANGUST. ¡No diga usté esas simplezas!
FACUNDO. Mire usted, señora mia,
si usted en su afan no cesa
y vive sembrando alarmas
que á todos nos amedrentan,
va usté á conseguir que al cabo

la ilusion realidad sea.

ANGUST. ¡Jesús y cuántas chocheces!

FACUNDO. ¡Usted es la que chochea!
¿Quién sino usted ha matado
á su perrita faldera?

ANGUST. ¡Calle usted! ¡Pobre Chichina!

FACUNDO. ¡La verdad, la verdad seca!
Se empeñó usted en decir
que Chichina estaba enferma,
y á fuerza de jaroparla
y administrarla recetas,
y abrigarla en su regazo
y otras mil impertinencias,
consiguió usté que una noche
reventase y se muriera.

ANGUST. ¡Don Facundo!

FACUNDO. ¡Sí, señora!
Y juro que á Maricuela
no ha de pasarla lo mismo.

ANGUST. ¿Es decir, que usted me niega
lo que el doctor asegura?

FACUNDO. No sabe lo que se pesca
ese doctor: ¡es un necio
ó es un pillete!

ANGUST. ¡Qué lengua!

FACUNDO. Por eso hace bien María
en huir de su presencia
y en mandarle en hora mala
con su charla sempiterna.

ANGUST. ¿Y qué consigue con eso?
(Sin que ella misma lo advierta
la doy yo las medicinas
en vasos de agua disueltas.)

FACUNDO. Que me venga á mí ese títere
á prohibir que me abstenga
de comer tal ó cual cosa:
yo estoy sano y tengo fuerzas,
y cómo lo que me *cumple*,
como dicen en mi tierra.

ANGUST. ¡Si estuviera aquí Ricardo!

FACUNDO. Si aquí Ricardo estuviera.....
(me ocultaria, como ahora,
para evitarme quimeras.)

ANGUST. ¡Siempre será usted un niño!

FACUNDO. ¡Siempre será usté una vieja!

ANGUST. ¡Silencio! Es claro, estas voces......
Otra vez está despierta.
(Escuchando y mirando á la izquierda.)
Voy, por si es que quiere agua.

ESCENA III

FACUNDO.

¡Pues! Ni un instante la deja.
¿Cómo no ha de padecer
—¡cielo santo!—de jaqueca?
Lo que tiene lo sé yo:
la causa de su tristeza
es Ricardo, y ha de oirme
en el momento que venga.
Él se marcha y la abandona
y....... ¿Dónde están las cerezas?
(Buscándose el pañuelo donde las guardó y disponiéndose á comerlas.)
¡Ah! ¡Ya están aquí!.....

CÁRLOS. (Entrando.) ¡Abuelito!.....

FACUNDO. ¡Vamos! ¿A que no me dejan?
(Escondiendo nuevamente las cerezas.)

ESCENA IV

Dicho. CÁRLOS.

CÁRLOS. ¿Pues y mi madre?

FACUNDO. ¡Malilla!

CÁRLOS. ¿Qué tiene?

FACUNDO. ¡Pchs! Nada, *spleen.*
Ni siquiera se ha acostado.

CÁRLOS. ¿Y qué dice el zascandil

del doctor?

FACUNDO. Si no la ha visto.

CÁRLOS. ¡Bien hecho!

FACUNDO. ¿Tambien á tí se te ha atravesado?

CÁRLOS. ¡Vaya!
Y que agradezca el muy ruin
que yo confío en Cristina
y sé que puedo vivir
descansado.

FACUNDO. ¿La enamora?
(Asentimiento de Cárlos.)
Lo dije en cuanto le ví:
¡es un bribon!

CÁRLOS. Pues que se ande
con ojo.

FACUNDO. ¡El chisgarabis!.....
Déjale por cuenta mia.
¡Como se llegue á escurrir!.....
—¿Y Cristina?

CÁRLOS. En sus quehaceres.

FACUNDO. ¿Dónde vas? (Viendo que Cárlos se dispone á salir.)

CÁRLOS. Hasta San Gil,
á un repaso que tenemos.....

FACUNDO. ¿Quién, tú? ¡No me hagas reir!
¡Yo cazo muy largo! ¿O piensas
que he nacido yo en Pekin?

CÁRLOS. ¡Ja! ¡ja! ¡Abuelito! ¡abuelito!
(Abrazándole y queriendo echarlo á broma.)

FACUNDO. ¡No, no, no vengas á mí!
¡Eres un tarambanilla!
Sí, señor; ¡un galopin!
¡Tu conducta es depravada,
es infame!

CÁRLOS. Pero si.....

FACUNDO. ¡Quita, que estoy enfadado!
¡Vaya! ¡Voto á San Quintin!
(Reparando en Cárlos que se ha sentado con cierto disgusto.)
No te me pongas ya triste:
no te enfades. Ven aquí.

(¡He estado con él muy fuerte!)

CÁRLOS. Uno se ha de divertir.....

FACUNDO. Tienes razon.

CÁRLOS. Uno es jóven.....
Y el que no corre en Abril....

FACUNDO. Corre en Diciembre: está claro.
(Despues de todo, yo fuí
lo mismo.....)

CÁRLOS. ¡Si usté la viera!.....

(Volviendo á adoptar un tono ligero y alegre.)

¡Tiene una cara..... un perfil! ....
Ya hemos tenido dos *juergas*
con manzanilla y anís
y calamaritos fritos,
y pescados más de mil,
y un tocador de guitarra
que toca y canta, ¡hasta allí!
Aquello es la gloria, abuelo.
Si pudiera usted venir...

(En lo que sigue mucha vida y procurando acompañar la accion á la frase.)

—Figúrese usté un cuartito
pequeño, muy chiquitin,
y en el centro una gran mesa
que parece de marfil
por lo blanca, y alredor,
al estilo del país,
—es decir, de Andalucía,
porque estamos en Madrid,—
grandes sillones de brazos
por si quiere usted dormir.
¡Ea! ya empieza la *juerga*,
porque ya acaba el festin,
y ya todos toman parte,
pues nadie está ocioso allí.
Éste bate palmas: otro
sus canciones deja oir,
y ¡qué canciones! picantes,
¡pero que llegan aquí! (Al corazon.)
El de allá lleva el compás.

con dos vasos; y el bullir
se aumenta, y aquel jolgorio
no llega nunca á su fin.
De repente, una barbiana,
de aire alegre y varonil,
sobre la mesa se sube,
y encendiendo un prajandí,
y en una mano una copa,
y el sombrero á la nariz,
empieza á bailar de un modo
que yo no sé describir.
¡Qué movimiento de brazos!
Y cuánto de acá y de aquí,
y de agitarse y de erguirse
con la gracia más sutil.....
¡Ole, por tu salusita!
¡Vaya una jembra varil!
¡Viva tu mare, y la bula,
y el Darro, y el Zacatin,
y la vela...

FACUND. Condenado,
¡estate quieto!

CÁRLOS. Y Boabdil,
y la Bomba..... ¡Ay, abuelito,
eso es gozar y es vivir!
Y esta noche se repite
la funcion .. Yo soy así.

FACUNDO. Pues haces mal, porque temo,
si lo llegan á inquirir
Cristinilla y la Maruja...

CÁRLOS. Me valgo de cierto ardid...
Para evitar las sospechas,
dejo un momento el festin,
y vengo y cojo unos libros
y al punto me vuelvo á ir.
Como ese establecimiento
se halla á un tiro de fusil
de esta casa...

FACUNDO. ¡Eres el diablo!
(Yo le debiera reñir,

pero...)

CÁRLOS. ¡Que viene María!

(Mirando por la puerta de la izquierda.)

FACUNDO. Pues cambiemos de cariz.

(Adoptando el mismo tono que en el acto primero.)

Y tenlo siempre presente
y no alegues ignorancia:
el trabajo, la constancia,
la humildad y el ser prudente
son dones que el cielo da
y alcanzan el galardon!...

CÁRLOS. (Que ha estado mirando)
Suspenda usted el sermon
porque nadie viene ya.

ESCENA V

Dichos. CRISTINA por el foro. Se ha teñido el pelo y viene exageradamente rubia.

FACUNDO. Pues ¡á vivir!
CÁRLOS. ¡A vivir!
FACUNDO. Ven pronto, que el caso es grave.
CÁRLOS. Sí, muy pronto; tengo llave.
¡Muchacha!
CRISTINA. ¿Vas á salir?
CÁRLOS. ¡Cómo!
FACUNDO. ¡Cristina! (Sorprendidos.)
CÁRLOS. ¿Eres tú?
CRISTINA. Yo misma, sí, ¿qué les choca?
FACUNDO. Esta muchacha está loca
ó la inspira Belcebú.
CÁRLOS. ¡Pero qué transformacion!
FACUNDO. Eso te roba belleza.
CÁRLOS. Si parece tu cabeza
un tarro de bermellon!
CRISTINA. ¿Es decir que te incomodo
y verme así no te agrada?
FACUNDO. Un vaso de leche helada
con la canelita y todo.

CÁRLOS. Ven aquí y no seas boba.
(Procurando quitarla con el pañuelo los polvos y el colorete de la cara.)
¡Digo! ¡Pues no te has pintado!
FACUNDO. ¡A ver, á ver! Se ha estucado
como si fuera una alcoba.
CRISTINA. ¿Y estoy fea?
CÁRLOS. No lo estás,
pero...
FACUNDO. ¡Dí que sí, hija mia!
CRISTINA. ¡Ay Dios! ¡y yo que lo hacía
por agradarte á tí más!
Mal haya mi suerte, amén.
¡Despues de cuidarme tanto!...
¿No son las rubias tu encanto?
Pues yo soy rubia tambien.
CÁRLOS. ¡Hija, si esos son antojos!
CRISTINA. Y yo ¿por quién me desvelo?...
¡Ojalá que como el pelo
teñir pudiera mis ojos!
En vano es que disimules;
pues mil veces he notado
que te quedas extasiado
ante unos ojos azules:
y esto es lo que me enajena
y me hace dudar de tí.
¿Por qué habré nacido así?
¿por qué seré yo morena? (Jimoteando)
CÁRLOS. ¿Pero es posible que llores
y esto te cause dolor?
FACUNDO. ¿No te he dicho que el amor
no distingue de colores?
CÁRLOS. Por tí mi pecho se alegra
de igual modo y se electriza,
ya seas verde ó rojiza,
ya seas de nieve ó negra;
y aunque tu mente delire
y otros te causen afán,
siempre tus ojos serán
espejo donde me mire;

que así te adoro yo ciego
y así mi ambicion se llena:
¡tras una cara morena
se oculta un alma de fuego!

FACUNDO. ¡Claro! Las rubias son frias
y quieren con parquedad.

CRISTINA. Bueno; pues si eso es verdad,
no me mires estos dias.

CÁRLOS. ¡No mirarte yo!

FACUNDO. (¡Tunante!)

CÁRLOS. ¡Cuando en tal llama me abraso!
—Mira, me voy al repaso
y volveré en el instante.
¡No te aflijas tú, mi cielo!

CRISTINA. ¡No me engañes!

CÁRLOS. ¡No, mi vida!
¡Vengo muy pronto: en seguida!

FACUNDO. (¡Hipócrita! ¡Bribonzuelo!) (A Cárlos.)

CÁRLOS. ¡Adios!

FACUNDO. ¡Menuda jarana!...

CÁRLOS. ¡Adios, venerable anciano!
¡Ja! ¡ja!

FACUNDO. Vuelva usté temprano.

CÁRLOS. Sí, muy temprano. (Mañana.) (Váse Cárlos foro.)

ESCENA VI

FACUNDO. CRISTINA siguiendo á Cárlos con la vista.

FACUNDO. Dí, ¿y el doctor?

CRISTINA. Yo no sé.

FACUNDO. ¿No te dijo nada anoche?

CRISTINA. Como le dí la callada
por respuesta...

FACUNDO. Avísame
si te vuelve á importunar.

CRISTINA. Quizás de veras me ame.

FACUNDO. Nada de eso; es un infame,
¡no le debes escuchar!

—¿Te sientas?... (Viendo que lo hace y coge la labor.)

CRISTINA. Aquí me estoy,
por si algo quiere de mí
María. Coseré.

FACUNDO. ¿Sí?
(Pues yo á otra parte me voy.
Y correré veinte piezas
hasta estar sólo y sentado;
quiero comer sosegado
esta libra de cerezas.)
Vaya, hasta luego, hija mia.
(¡Ji! ¡ji! De vista me pierdo!
¡Demonio! Ahora me acuerdo:
¡si no cené todavía!
La culpa es de ese petate
de doctor: ¡me va á matar
de hambre! ¡Mandarme cenar
migas, leche y chocolate!
¡Migas! ¡Chocolate! ¡Oh!
¡Esto de rabia me llena!
Migas, ¿eh? ¡Valiente cena
para un hombre como yo!
¡Pero yo me vengaré!
¿Qué apeteces tú, Facundo?
¿Qué deseas en el mundo?
¿Qué deseas? Ya lo sé.
En la taberna de al lado,
puesto en el escaparate,
hay bacalao con tomate,
muy fritito y muy dorado.
La chica me lo traerá
al punto: llamo á Tonito
y ¡ji! ¡ji!... ¡Bacalao frito!
¡Me estoy relamiendo ya!
¡Válganme mis sutilezas
para comer á mi gusto!
¡Ji! ¡ji! ¡ji! Y de postre... ¡justo!
me comeré las cerezas.
¡Qué fruta tan delicada!
(Sacando algunas cerezas y comiéndoselas.)

¡Si me viera la doctora!... (Por Angustias.)
No ha de sucederme ahora
lo que la otra vez pasada.
Aunque tengan interés,
ya no sabrán mis excesos.
Ahora me trago los huesos
y que averigüen despues.)

CRISTINA. ¿Dónde iria tan contento?
De buen grado le siguiera,
pero... ¿Si al ménos pudiera
encerrar su pensamiento?

ESCENA VII

CRISTINA y BUSTAMANTE.

BUSTAM. ¿Si usté me da su permiso?

CRISTINA. ¡Cómo! ¿El doctor á estas horas?

BUSTAM. El doctor, sí; sí, señora,
que besa sus piés sumiso.
Pero, ¡calle! ¡qué cambiada! (Reparando en ella.)
¡Qué idea tan peregrina!
Ni la aurora purpurina...

CRISTINA. No, pues á mí no me agrada
verme así..... Avisaré.....
(Dirigiéndose á la izquierda.)

BUSTAM. No:
no moleste usté á la enferma.
Quizá en este instante duerma,
porque así lo quiero yo.

CRISTINA. ¿Eh?

BUSTAM. ¿Se alarma usté, Cristina?
Dormir, siempre es conveniente;
y además, para el paciente
es la mejor medicina.
—¿Qué es eso, huye usted de mí?
No insistiré en su porfía;
yo la ruego, amiga mia,
que no se aleje de aquí.
Aunque ardo en intensa llama,

á su fallo me sujeto,
y nunca olvidó el respeto
que se merece una dama.
Soy un pobre que va en pos
de una alma tierna y clemente,
y que pide humildemente
¡una limosna por Dios!
Si el transeunte al pasar
me ve y me deja morir,
¿qué he de hacer sino sufrir?
¿qué he de hacer sino callar?

CRISTINA. A eso le contestaré
que tal accion cruel fuera,
si el transeunte tuviera
limosna que dar á usté.
Mas como.... acá *inter nos*,
dió ya cuanto poseía,
no puede otorgar hoy dia
esa limosna por Dios.

BUSTAM. (Yo haré que aficion me cobres.
Yo mataré tu desvío.)

CRISTINA. ¡Qué quiere usté, amigo mio,
cada cual tiene sus pobres!.....

BUSTAM. ¿Sus pobres? (Con cierta intencion)

CRISTINA. En singular:
no lo eche usté á mala parte.
Amor que en dos se reparte
no se debe así llamar.

BUSTAM. Amor es exclusivista.

CRISTINA. Si no, no hay dicha posible.

BUSTAM. Es único.

CRISTINA. Indivisible.

BUSTAM. Absoluto.

CRISTINA Y egoista.

BUSTAM. Pero egoista á su modo.

CRISTINA. Sólo con la prenda amada.

BUSTAM. Amor, nunca niega nada.

CRISTINA. En cambio lo exige todo.

BUSTAM. Nos ciega.

CRISTINA. Y nos alucina.

BUSTAM. Nos mata.
CRISTINA. Y mata al traidor.
Así lo siento, doctor.
BUSTAM. Así lo siento, Cristina.
Con temores.
CTISTINA. Con desvelos.
BUSTAM. ¡Siempre grande!
CRISTINA. ¡Nunca ruin!
BUSTAM. Amor con celos, en fin.
CRISTINA. Es verdad: amor con celos.
¿Quién sin éllos imagina
el amor? ¿Quién no sospecha?
BUSTAM. Cierto. (Apliquemos la mecha,
pues cargada está la mina.)
¿Me llamará usted cruel
si afirmo, bajo mi honor,
que su Cárlos.....
CRISTINA. Por favor,
acabe usted.
BUSTAM. Le es infiel?
CRISTINA. ¿Que Cárlos es desleal?
¡Oh! ¡de pensarlo tan sólo,
comprendo hasta el vitriolo,
el veneno y el puñal!
Si ya lo decía yo:
me engaña con la vecina,
¿no es verdad?
BUSTAM. ¡Pobre Cristina!
CRISTINA. ¡Infame! ¡Pérfido! ¡Oh!
¡Me vengaré!
BUSTAM. ¿Con venenos?
¡No diga usted esas cosas!
Hay venganzas más sabrosas
y que comprometen ménos.
Y si usted me cree.....
CRISTINA. ¡Tuno!
BUSTAM. Con mucha intencion y juicio.....
No es que yo por mi servicio
reclame pago ninguno;
pero..... (¡ya cayó en el lazo!)

¿Es que duda usted de mí?
Antes, cuando vine aquí,
con una mujer del brazo
le he visto yo mismo entrar
en cierto establecimiento
que hay al final de esta calle.

CRISTINA. ¿Y era hermosa?

BUSTAM. Y de buen talle.

CRISTINA. ¡Oh, Dios mio, qué tormento!
¡De qué modo me ha mentido!

BUSTAM. No debe usté hacer gran caso.

CRISTINA. Al repaso, ¿eh? ¡Buen repaso
está haciendo el fementido!
¡Qué necia fuí en no seguirle!
¡Virgen mia! Si pudiera.....
¡con qué placer allí fuera
ahora para confundirle!
¡Y yo, tonta, que creí!.....
¡No me lo perdono, no!

BUSTAM. ¡Doña Angustias viene!

CRISTINA. ¡Oh!
¡Que no me sorprenda así!

(Váse precipitadamente por el foro.

ESCENA VIII

BUSTAMANTE.

¡Bravo! ¡Muy bien! Esto es hecho:
no puedo salir mejor.
Lo que me niega el amor
me concederá el despecho.
¿Y la otra? Poco á poco.
Bustamante, vuelve en tí.
¡Qué hermosa es! ¡Esa sí
que me tiene ciego y loco!
Cachaza y mala intencion,
y esperemos que se ablande.
Si su virtud es tan grande,
¿por qué teme la ocasion?

ESCENA IX

Dicho y ANGUSTIAS.

ANGUST. Amigo mio, ¿es usté?
¿No quiere tomar asiento?
BUSTAM. Vengo tan solo un momento...
ANGUST. Gracias, mil gracias.—Lo sé:
á enterarse del estado
de María.
BUSTAM. Sí, señora.
ANGUST. Segun ella dice ahora,
el dolor se le ha calmado.
BUSTAM. ¡Vamos! Me juzgo dichoso
por el triunfo conseguido.
ANGUST. La medicina ha surtido
un efecto prodigioso.
BUSTAM. Solo eso á saber venía,
y por lo tanto me voy.
ANGUST. Por cierto que advertí hoy,
mientras tanto que dormia.....
¡No sé explicarme!.... una cosa.....
BUSTAM. (¡Lo que puede la aprension!)
ANGUST. Tiene una respiracion
en extremo fatigosa.
BUSTAM. ¡Es claro!
ANGUST. ¿Y eso qué es?
¿Algun vaso contrahecho?
BUSTAM. (¡Ja! ¡ja!)
ANGUST. ¿Reside en el pecho
su dolencia, verdad?
BUSTAM. ¡Pues!
Y me pone en gran apuro
el no poder observarla
y enterarme y *auscultarla*
para obrar sobre seguro.
ANGUST. ¡Mal haya su obcecacion!
BUSTAM. Pues es preciso insistir,
porque necesito oir

los ruidos del corazon.
Quizá su mal no resida
donde le estoy atacando.

ANGUST. (Que se ha quedado reflexiva.)
Doctor, si sigue callando,
va á concluir con mi vida.
Creo que viene.

BUSTAM. Marchemos
entonces, que si me ve.....

ANGUST. Bien; pero espéreme usté
en mi cuarto y hablaremos.
(Váse el doctor por el foro.)

ESCENA X

Dicha y MARIA que sale de su habitacion.

ANGUST. Aguarda un poco, hija mia.
¡Válgame la santa Cruz!
Bajaré un poco la luz.....
¡No, no salgas todavía! (Intentando cerrar

MARIA. ¿Y por qué me he de esperar?
¡Ay! deje usted esas puertas
como estaban: así, abiertas,
y el balcon de par en par.

ANGUST. ¡Dios mio! ¿Te has vuelto loca?
(Al ver la inquietud de María.)
Eso es tirar á matarte;
pero yo no he de dejarte,
porque á mí velar me toca
por tu salud..... ¿Qué te pasa?
¿qué tienes..... ó qué te da?.....
¡Jesús!

MARIA. Mire usted, mamá,
que me marcho de esta casa.
¡Dale! ¡Deje usté siquiera
que respire! (Al ver que intenta cerrar.)

ANGUST. ¡Ay Virgen mia!
¿y si entra una pulmonía?

MARIA. ¡Que éntre ó haga lo que quiera!

ANGUST. Pero ¿así estás ya?
MARIA. Así estoy:
llena de bílis; nerviosa,
desesperada, furiosa,
porque ya no sé quien soy.
ANGUST. Vamos, siéntate.
MARIA. ¡En seguida!
ANGUST. ¿Por qué no te has de sentar?
MARIA. Porque quiero así evitar
quedarme otra vez dormida.
ANGUST. ¡Mejor!
MARIA. Me está sucediendo
lo que nunca: ¡esto es atroz!
ANGUST. Bueno, bien; ¡no alces la voz!
MARIA. Paso la vida durmiendo:
¡qué estado más angustioso!
ANGUST. Ya se conoce en tu cara.
MARIA. ¡Y si al ménos descansara!.....
¡Pero duermo y no reposo!
Voy á ponerme al balcon.
Necesito despejarme,
y moverme, y pasearme.

(Intenta hacerlo pero la debilidad no se lo permite y se sienta junto al balcon.)

¡Ay!
ANGUST. Qué, ¿sientes opresion?
MARIA. No, señora; esto reanima. (Por el aire.)
¡Dios quiera que me desvele!
ANGUST. ¡Qué frio! Aunque yo me hiele.....
(Se quita el manton ó abrigo que lleve y se lo pone á su hija.)
MARIA. ¡Quíteme usté eso de encima!
¡Pues, señor, no puede ser!
(Se levanta y toca un timbre.)
ANGUST. Dormida podria oir
el doctor.
MARIA. Voy á salir.
ANGUST. ¡Pero á estas horas, mujer!
MARIA. No es tarde; las nueve y media:
voy al teatro, á la calle,
al café, á casa de Valle,

á cualquier sitio..... Me asedia
el sueño, y juro que ya
no ha de subyugar mi vida.

ANGUST. Pero.....

MARIA. ¡Que estoy decidida!
Cárlos me acompañará.

ANGUST. Repara que si te ven..... (Se presenta la criada.)

MARIA. ¿El señorito?

CRIADA. Ha salido.

MARIA. Bien, sí. ¿Pero no ha venido?

CRIADA. No, señora.

MARIA. Hace muy bien.
(A una señal suya se retira la criada.)
¡Por más que le he predicado,
ni un momento pára aquí!
¡Cómo se burla de mí!
¡Cómo abusa de mi estado!

ANGUST. Ni á tí ni á nadie respeta.....

MARIA. Y me tengo que callar,
viendo en mi casa reinar
la anarquía más completa.
—¿Han acostado á Tonito?

ANGUST. De ese yo soy responsable:
ya le acosté. (Lo probable
es que esté con su abuelito.)
A tu esposo debes esto.

MARIA. Es verdad.

ANGUST. Si aquí estuviera,
otra la conducta fuera
de su hijo.

MARIA. Por supuesto.
Su afecto hácia mí pregona
y me ama con frenesí,
pero se aleja de mí
y á mi pesar me abandona.
Cierto que estoy con usté
y hallo en su padre cariño.
Mas su padre es casi un niño
y usted, mamá.....

ANGUST. Vamos, ¿qué?

¿No te ama de corazon
tu madre, y en tí adora?

MARIA. Me quiere usté, sí, señora;
pero saco en conclusion
que por bien diversos modos
yo sola me apeno y lucho,
pues todos me quieren mucho
y me están matando todos.

ANGUST. Vamos, hija, cálmate.

MARIA. ¿Qué hacerle? Tendré paciencia.

ANGUST. ¿Leo *La Correspondencia*?

MARIA. ¡No, por Dios; no lea usté!
Voy á escribir á Ricardo.
¡Dios mio! ¿Cuándo vendrá?
No lo sé. Dos dias há
que respuesta suya aguardo.

ANGUST. (¡Qué fastidio! ¡No se duerme!)

MARIA. Le pondré frases muy tiernas.
¡Queria andar, y las piernas
se niegan á sostenerme!

(Al sentarse y ponerse á escribir en un velador exclama)

¡Ay!—«Ven pronto: tengo empeño.
Mira que no soy dichosa
sino á tu lado, y que ansiosa.....»
—¡Ay! ¡Mal haya sea el sueño!

(Luchando por no quedarse dormída.

«¿Es que no me quieres?»—¡Oh!
¡Imposible!..... «Ven, impio!»
¡Ricardo! ¡Ricardo mio!.....
¡Ah! (Queda dormida.)

ANGUST. Al cabo se durmió.
¡No hay que perder un instante! (Váse foro.)

ESCENA XI

MARIA dormida. FACUNDO que viene por la derecha con un plato de bacalao.

FACUNDO. Pues, señor, estoy lucido;
toda la casa he corrido
sin poder..... No hay quien aguante....

Vengo huyendo de Cristina,
y huyendo de mi consuegra.....
¡Eh, demonio! Esta es mas negra.
¿A que vuelvo á la cocina?
Creo que duerme; sí, sí.
¡Qué idea! En un rinconcito
voy á hacer un castillito,
y acurrucado..... ¡ji! ¡ji!
al fin lo voy á comer.

ESCENA XII

Dichos. El doctor y ANGUSTIAS sin pasar de la puerta del foro. Vienen con mucho sigilo.

ANGUST. ¡Despacito, por favor!
Mucho cuidado, doctor,
no lo echemos á perder.
BUSTAM. ¡Diantre! (Registrándose los bolsillos.)
ANGUST. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?
BUSTAM. Que no vine preparado
para esto, y me he dejado
el estetóscopo en casa.
¿Hay una persona fiel
á quien mandar?
ANGUST. Sí, á Teresa.
BUSTAM. Le tengo sobre mi mesa.
Que no se venga sin él. (Váse Angustias.

ESCENA XIII

MARIA, FACUNDO y BUSTAMANTE.

BUSTAM. ¿Qué dudo? ¡Resolucion:
yo ya no cedo! ¡Adelante!
¡Qué hermosa y qué interesante!
FACUNDO. (Sacando la cabeza por entre las sillas.)
(¿Quién anda ahí? ¡Ah, bribon!)
BUSTAM. A su lado al fin me veo
y á solas estoy aquí.

FACUNDO. (Eso de á solas.....) (Empieza á salir.)
BUSTAM. ¡Así.....
así la soñó el deseo!
¿Eh? ¡Por lo visto escribia!.....
¡y aquí se lee mi nombre!.....
(Reparando en la carta que María habia empezado á escribir y cogiéndola.)
FACUNDO. (¿Pero qué intenta ese hombre?)
BUSTAM. ¡Ah, qué idea! ¡Como mia!
Es para su esposo..... ¡Oh!
¿Quién sabe si este papel? (Guardándole.)
Ricardo se llama él.....
Ricardo me llamo yo.
FACUNDO. (Pero, señor, ¡yo deliro!.....)
BUSTAM. Desde hoy á mí está sujeta.
FACUNDO. (Si tuviera mi escopeta
le descerrajaba un tiro!)
BUSTAM. El albur está ganado.
¿Por qué me encuentro convulso?
A ver cómo está de pulso.

(Al intentar cogerla la mano Facundo, que ha venido avanzando poco á poco, le agarra fuertemente por el brazo y dice á media voz.)

FACUNDO. ¡Canalla! ¡infame! ¡malvado!
BUSTAM. Pero..... (Sumamente sorpreudido.)
FACUNDO. ¡Sílencio! ¡Ni un grito!
BUSTAM. Oigame usté: oiga en calma.
FACUNDO. Voy á romperle á usté el alma,
¡miserable!
BUSTAM. (¡Azar maldito!)
FACUNDO. ¡Entrégueme usté el papel
que de esa mesa ha robado!
BUSTAM. Yo, no.....
FACUNDO. Al punto, de contado,
que voy á mandarle en él
una bala.
BUSTAM. ¡Don Facundo!
FACUNDO. ¡Que no me alce usté la voz!
BUSTAM. Tome usted. (¡Está feroz!)
(Entregando el papel á Facundo que éste hace añicos arrojándolo á los piés del doctor.)

FACUNDO. ¡Villanuelo! ¡Bicho inmundo!
BUSTAM. No permito que me arguya
de tal manera. (Estos viejos.....)
FACUNDO. Venga usted aquí, más léjos.
¿Qué intencion era la suya?
BUSTAM. Vine, porque se me dijo.....
FACUNDO. ¡Es mentira! A sorprender
á este ángel, á esta mujer,
y á deshonrar á mi hijo!
¡Esta mansion es honrada
y aquí la maldad no impera!
¡Fuera de aquí!
BUSTAM. Pero.....
FACUNDO. ¡Fuera!!
(Arrojándole y en el colmo de la ira. María despierta á las voces y dice asustada)
MARIA. ¿Eh? ¿Qué es eso?
FACUNDO. ¡Nada, nada!.....
(Transicion completa, en la que Facundo procura reir y disimular para que María no se entere.)
Este doctor, que..... ¡ji! ¡ji!
es más bromista.....
BUSTAM. ¡Je! ¡je! (Esforzándose.)
FACUNDO. (¡Salga usté al punto!)
MARIA. ¿Y por qué
se halla este señor aquí?
BUSTAM. Señora.....
FACUNDO. Calma tu afán.
Es que yo le despedía
al doctor, y le decia:
¡afuera!.... le alumbrarán.
¿No es eso?
MARIA. Me engaña usté.
FACUNDO. ¡Abur! (Oprimiendo fuertemente la mano al doctor.)
BUSTAM. (¡Me está triturando!)
FACUNDO. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! (¡A la calle! ¡andando!)
(Echándole á empellones.)
BUSTAM. Juro.....
FACUNDO. (¡Yo te buscaré!) (Váse el docto

ESCENA FINAL

MARIA, FACUNDO y despues CRISTINA, ANGUSTIAS, CÁRLOS y la criada.

MARIA. Hable usté pronto, papá.....
¿Qué pasa?

FACUNDO. No tengas miedo.
Es que..... ¡Ay, Dios! ¡Ay! ¡No puedo

(Estúdiese esto. Los esfuerzos y la indigestion que le acomete no le dejan hablar.)

¡Yo me muero!

MARIA. ¿Que le dá?
Claro: ¡la sofocacion!

FACUNDO. Nada, no estés intranquila.

MARIA. ¿Cómo nó?

FACUNDO. ¡Un poco de tila!.....

(Se ha dejado caer en un sillon. Procúrese que los movimientos y ademanes no sean exagerados ni cómicos.)

MARIA. ¿Pero es una indigestion?
¿Ha hecho usté algun disparate?

FACUNDO. No me riñas. Si así empiezas. (Por el cólico.)

MARIA. ¿Qué ha comido usted?.....

FACUNDO. Cerezas.....
y bacalao con tomate!

(Suenan dentro voces de riña.)

MARIA. ¿Eh? ¡Qué voces!

CRISTINA. (Aparece al foro.) ¡Corra usté!

MARIA. ¿Qué pasa?

CÁRLOS. (Dentro.) ¡So mamarracho!

CRISTINA. ¡Viene borracho! ¡borracho!

MARIA. ¡Un poco de tila! ¡Thé!

CRISTINA. ¡Está en la sala riñendo
con el médico! (Yéndose á buscar lo que le han pedido.)

MARIA. ¿Sí? ¡Oh! (Queriendo salir.)

ANGUST. (Por la izquierda muy agitada.)
¡Ay! ¿Qué te decia yo?

¡Tonito se está muriendo!

(María quiere correr, pero no puede y cae desfallecida en una butaca.)

MARIA. ¡Jesús!!

ANGUST. ¡Si yo lo sabia!.....
¡Le he quitado una cereza!

MARIA. ¡Ay! ¡Se parte mi cabeza!
¡No puedo más!

ANGUST. ¡Hija mia! (Corriendo á socorrerla.)
¡Toma, abrígate!

CRISTINA. ¡Traidor!

ANGUST. ¡Agua!

MARIA. ¡Me ahogo!

FACUNDO. ¡Tonito!

CÁRLOS. ¡Ay! ¡Tambien el abuelito!
(Al verle medio por el suelo)
Ya he reventado al doctor.

(CUADRO.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACION DEL PRIMERO.

ESCENA PRIMERA

ANGUSTIAS sentada en la primera puerta izquierda.—FACUNDO que viene por la derecha.

ANGUST. ¿Dónde va usted? No se puede
pasar; está prohibida
la entrada.

FACUNDO. Si es un instante
nada más: hace dos dias
que no me miro en sus ojos.

ANGUST. Hoy ha dado órden mi hija
de que nadie aquí penetre.

FACUNDO. Y ¿cómo está? ¿No se alivia?
¡Pobre hijito de mi alma!
¿Ha cedido la fatiga?

ANGUST. «Despues de vendimias cestos,»
como dicen en Castilla.

FACUNDO. Yo quiero verle.

ANGUST. Imposible.

FACUNDO. Le besaré, y en seguida
me salgo.

ANGUST. ¡No pasa usted!

FACUNDO. ¡Esto es una tiranía!
Quiero verle.

ANGUST. ¡Testarudo! (Oponiéndose.)

ESCENA II

Dichos y MARÍA.

MARIA. ¿Qué sucede? ¡No haya riña!
FACUNDO. ¿Cómo está el niño?
MARIA. Ahora duerme.
FACUNDO. Pues déjame ir de puntillas...... (Intentándolo.)
MARIA. No, ¡por Dios! luégo, más tarde....
Quizá le despertaría
usted sin querer.....
FACUNDO. ¡Paciencia!
Mas dime: ¿está ya vencida
su enfermedad?
MARIA. Eso cree
el doctor que le visita.
—Un doctor que yo he buscado,
y cuya ciencia mi ispira
absoluta confianza.
FACUNDO. (¡Chúpate esa!) (Por Angustias.)
ANGUST. (¡Eso es! ¡Encima
me hacen cargos!)
MARIA. Nuestro niño,
hoy por hoy, ya no peligra
y está fuera de cuidado.
(Con mucha intencion á Facundo.)
Mas la causa primitiva
de su enfermedad, que ha puesto
en grave riesgo su vida,
ha sido una intemperancia
general en las comidas.
FACUNDO. (¡Adios! ¡Esto va conmigo!)
Perdóname; pero, mira,
que el pobrecito no pague
culpas que sólo son mias.
ANGUST. (¡Qué hipócrita es este viejo!)
MARIA. Si lo que he dicho no quita.....
redoblaré mis cuidados,
viviré más prevenida,

y espero que en adelante
el caso no se repita:
¿no es verdad?

FACUNDO. (Besándola.) ¡Bendita seas!

ANGUST. Sí, sí; ¡bien te catequiza!
Como yo fuera la madre
del niño.....

FACUNDO. No le querria.

MARIA. ¿Qué hora es?

FACUNDO. Las nueve y media;
pero no estés intranquila,
quizá venga retrasado
el tren.

MARIA. ¡Cómo! ¿usted sabia?.....

FACUNDO. Sé que han puesto un telegrama
á tu marido, y se explica.....
Él hace aquí mucha falta.....
Tambien yo, de parte mia,
le he mandado otro diciéndole
que se venga á toda prisa.

ANGUST. (¿Cómo no vendrá Ricardo?
En mi parte le decia
que no perdiera un instante!)

FACUNDO. ¡Ah! Y escucha, Mariquilla:
no vuelvas á beber agua,
como no sea cogida
por tí de la misma fuente.
Tu madre.....

MARIA. Si lo sabia.....
Estoy al cabo de todo:
me lo ha contado ella misma.
Por consejo del doctor
me ha estado dando morfina
y acónito..... ¿Qué he de hacerlo?
Sólo el cariño la guía.

FACUNDO. ¿Y Cárlos?

MARIA. Segun me dijo,
hoy creo que se examina.
¡Dios quiera que salga bien!

FACUNDO. ¡Vaya!

MARIA. En todos estos dias
no ha abierto un libro.
FACUNDO. Él no es torpe
y saldrá airoso, descuida.

(Angustias que ha estado oyendo en la puerta de la habitacion en que se supone está el niño.)

ANGUST. Se ha despertado.
MARIA. Pues voy
á darle la medicina.
¡Ah! Si Ricardo viniera.....
FACUNDO. Te avisaré.
ANGUST. ¡Pobrecita!
¡Qué resignada aparece
y cómo se sacrifica
por todos! Lleva en su pecho
un gusanillo, una víbora,
que corroe sus entrañas
y cruel la martiriza;
y, sin embargo, ¡Dios mio,
ni se queja ni aun suspira!

ESCENA III

Dichos.—RICARDO con tres telegramas eu la mano y algunos objetos de viaje. Muy azorado.

RICARDO. ¡Padre!
LOS DOS. ¡Ricardo!
RICARDO. ¡Mamá!
FACUNDO. Vino al fin; yo bien sabia...
RICARDO. ¡Pronto! ¿Y mi hijo? ¿Y María?
¿Cómo sigue? ¿Dónde está?
FACUNDO. Despacio, no te sulfures:
el niño ya nada tiene.
FACUNDO. Pero bien, ¿por qué no viene?
FACUNDO. Calma, calma; no te apures.
RICARDO. Segun se me dice aquí...
«¡María se muere!»...
FACUNDO. ¡Oh!
¿Quién ha dicho eso?

ANGUST. Yo.
FACUNDO. No hagas caso, óyeme á mí.
María está sana y buena;
sana y buena, lo repito:
ahora cuida de Tonito,
que duerme: no pases pena.
RICARDO. Entonces, ¿por qué razon
me dice usté: «¡ven al punto!»
FACUNDO. Porque... Ya ese es otro asunto;
esa ya es otra cuestion.
RICARDO. ¡Por la Virgen, hable usté!
¡Qué calmas tan espantosas!
FACUNDO. Aquí han sucedido cosas...
RICARDO. Sepamos.
ANGUST. Yo lo diré.
RICARDO. Pues pronto y claro ó emigro.
FACUNDO. (Y todavía osará...)
ANGUST. Mi hija, caballero, está
en inminente peligro.
FACUNDO. ¡Afirma usté un disparate!
Silencio, que á mí me toca.
¡Esta señora está loca,
pero loca de remate!
Por tener tanta aprension
y tan escaso talento,
ha servido de instrumento
á un miserable, á un bribon
que trajo á este santo hogar
alevosas intenciones.
RICARDO. Fué acaso...
FACUNDO. Sí, el que supones.
RICARDO. ¡El doctor! ¡Le he de matar!
FACUNDO. Es inútil; le he buscado
y hasta de su casa huyó.
Mas no te apures, salió
de aquí ya bien trasquilado.
Aún tu padre no se ha muerto
y por tí al sol retaría.
Mientras tu esposa dormía
estaba yo bien despierto.

RICARDO. ¿Conque se atrevió á intentar
accion tan torpe y traidora?
¿Está usté oyendo, señora,
á lo que ha dado lugar?

ANGUST. ¡Pero si son invenciones
todas de este buen señor!
¡Si estoy cierta que el doctor
no trajo esas intenciones!
No niego que en apariencia...
Mas tal infamia no cabe
en él.

FACUNDO. ¡Vaya!

ANGUST. ¿Usted no sabe
que hay mártires de la ciencia?
Para calmar su dolor
y enterarse de su estado,
quizá el hombre haya intentado
decirla frases de amor...

RICARDO. ¡Me pone fuera de mí!

ANGUST. Yo no aplaudo tal exceso;
pero al fin y al cabo, eso
es un sacrificio.

RICARDO. ¿Sí?

ANGUST. Es llevar al heroismo
su deber, y aun más allá.
¡Cuántos médicos habrá
que tendrán que hacer lo mismo!

FACUNDO. Nó, déjala, no la arguyas.

RICARDO. Pero...

FACUNDO. Haces mal si te exaltas.
(Calmando á su hijo que está furioso.)

ANGUST. Ya que ha dicho usté mis faltas,
¿por qué no cuenta las suyas?

FACUNDO. (¡Si pudiera enmudecerte!...)
(Le hace señas á Angustias de que calle.)

ANGUST. ¡No, señor; no callaré!
¿Por quién sino por usté
Tonito ha estado á la muerte?

RICARDO. Y yo me estoy aquí oyendo...
(Quiere penetrar en la habitacion de la izquierda. Los dos le detienen.)

ANGUST. No: si ya está bien. Espera.
RICARDO. ¿Luego su enfermedad era?...
ANGUST. ¡Un colicazo tremendo!
RICARDO. ¡Padre, ya esto es inaudito!
FACUNDO. (La vieja Matusalen!...)
ANGUST. Le atracó de fruta bien
su cariñoso abuelito,
y, es claro; lo dije ya:
lo habia pronosticado.
¡El pobre angelito ha estado
que por poco se nos va!
RICARDO. ¡Basta, basta! Desde hoy
pondré á estos desmanes tasa!
¡Yo pondré en órden mi casa
ó dejo de ser quien soy!
Usted, padre, ó tiene juicio
y se trata de enmendar,
ó yo, bien á mi pesar,
le impondré á usté un sacrificio
que hará mi pecho pedazos,
pues causo su padecer;
mas no vuelve usté á coger
al hijo mio en sus brazos.
FACUNDO. ¡Robarme así mi alegría!
—¡Si todo fué una bicoca!
RICARDO. ¡Esto por lo que á usté toca!
Porque usté, señora mia...
ANGUST. Yo nada quiero saber,
puesto que me he de marchar:
no me atrevo á presenciar
lo que aquí va á suceder.
María muere del pecho;
mas ya nada he de decir,
y ántes de verla morir...
RICARDO. Conste que yo no la echo:
¡conste que yo nada gano!
ANGUST. No, no tienes que apurarte.
Me iré á vivir á otra parte,
á Sigüenza, con mi hermano.
Aquel siempre me ha querido

y no le robo la calma..
¡Pobrecita de mi alma,
qué desgraciada has nacido!
(Váse llorando por la izquierda.)

ESCENA IV

FACUNDO y RICARDO.

FACUNDO. Oye: ya que de ese modo
te entregas á Belcebú,
debo decirte que tú
tienes la culpa de todo.
Si tú, como es tu deber,
de la casa no te fueras
y solícito estuvieras
al lado de tu mujer;
aun cuando te haga sufrir
yo debo muy claro hablarte:
por eso te he puesto el parte
y te he mandado venir.
RICARDO. ¡Ah! ¿Conque yo?...
FACUNDO. Sí, y medita
con mesura mi consejo.
Tú pronto serás un viejo:
ella es jóven y bonita,
y aunque honrada, si otro jóven
se interpone en la contienda....
Quien abandona su hacienda
no extrañe que se la roben.
Sé más cuerdo en adelante
y el fruto recogerás;
y adios: y no digo más,
porque ya he dicho bastante.
Yo quiero ahorrarte desvelos,
hoy que el mal remedio tiene.
(A éstos así, les conviene
una tomita de celos.) (Váse derecha.)

ESCENA V

RICARDO.—MARÍA.

RICARDO. ¡Padre, padre! ¡Por favor!
No: ¡perdona, esposa mia!
Iba á pensar mal... ¡María!
(Viéndola venir y saliendo á su encuentro para abrazarla.)
¿Y nuestro hijo?
MARIA. Mejor.
RICARDO. ¡A juzgar por tu semblante
tu madre ha perdido el seso!
(Fijándose bien en ella.)
—Voy á dar al niño un beso
y soy contigo al instante.
(Entra y vuelve á salir.)
MARIA. No se vaya á despertar:
despacito, con cuidado.
(Desde la puerta mientras Ricardo está dentro.)
RICARDO. Ea, siéntate á mi lado,
porque tenemos que hablar.
Contesta á lo que te digo
sin reticencia ninguna.
Una pregunta, solo una.
¿Eres tú feliz conmigo?
A solas contigo estoy:
háblame con claridad
y ante todo, con verdad.
¿Eres feliz?
MARIA No lo soy.
RICARDO. ¡Oh!
MARIA. Ni te acuso de ingrato
ni hacerte cargos pretendo;
y si hablo, es obedeciendo
solamente á tu mandato.
Tú has querido interrogarme
y acato tu voluntad...
Yo no tengo, en realidad,
motivos para quejarme.

¿Tú me has ofendido? No.
¿Tú me consideras? Sí.
Pues bien: ¿qué me falta á mí?
RICARDO. Eso es lo que digo yo.
—Habla, que en deseos ardo.
MARIA. Si me riñes...
RICARDO. No te riño.
¿Qué te falta?
MARIA. Tu cariño.
RICARDO. ¡Mi cariño!
MARIA. Sí, Ricardo.
Aunque esto daño te hace,
he de decírtelo todo.
Tú me quieres, mas de un modo
que á mí no me satisface.
Quizá otra mujer cualquiera
fuese con tu amor dichosa;
mas ¡qué remedio! tu esposa
le siente de otra manera.
Los dos amor nos brindamos,
pero no amor de igual clase,
puesto que los dos, en base
distinta le sustentamos.
Tu amor te roba la calma
y es al mio diferente:
uno reside en la frente,
otro reside en el alma.
Tú me das la vida á mí,
mas de mí no la recibes;
por eso tú sin mí vives
y yo no vivo sin tí.
Si el amor crece al calor
que le presta el sér querido,
¿no ves, infeliz marido,
que padeces un error?
Si con ese afan constante
que te consume y altera,
no me dedicas siquiera
un minuto, un solo instante;
y aunque tu nombre venero

y en tu lealtad me fío,
no puedo, Ricardo mio,
decirte á solas: «¡te quiero!»
Y así paso mi existencia,
y así muero de dolor;
pedirte un poco de amor
¿es demasiada exigencia?
¿Soy yo acaso ó nunca he sido
de esas mujeres dengosas
que, á fuerza de empalagosas,
hastían á su marido?
¿Pretendo con fuertes lazos
tu carrera detener?
¿Quiero tu vida absorber
y ahogarla con mis brazos?
No, por Dios; de ningun modo:
yo no pido eso de tí;
pero dame un poco á mí
y no des al mundo todo;
que de esa suerte verás
mis ojos siempre serenos:
dame, en fin, de oro algo ménos,
y de cariño algo más.
Ni quiero inferirte agravios,
ni en mi amor existe dolo:
por obedecerte solo
he desplegado mis lábios.
Si mi franca ingenuidad
te ha molestado y herido,
perdona, tú lo has querido.

RICARDO. Mia es la culpa, es verdad:
mia es, que ciego te adoro
y por tí tengo ambicion,

MARIA. Esa es tu equivocacion.
¡La dicha no está en el oro!
De eso quiero convencerte.

RICARDO. Y como engañado estoy
y el amor que yo te doy
no puede satisfacerte...
¿Quién sabe si otro amor fijo

en tu memoria...

MARIA. (Indignada.) ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Espera, aguarda!

MARIA. ¡No aguardo!

¡Está llorando mi hijo! (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI

RICARDO. FACUNDO.

RICARDO. ¡Que yo te quiero tan poco!
¡Ingrata, y qué daño me haces!

FACUNDO. ¿Habeis hecho ya las paces?

RICARDO. ¡Déjeme usté, que estoy loco!
(Váse por la derecha.)

ESCENA VII

FACUNDO. CÁRLOS.

FACUNDO. ¡Ji! ¡ji! ¡Le he puesto en un brete!
Ya en mil temores se agita.
Por lo visto la tomita
surtió efecto.—¡Hola, pillete!
(Reparando en Cárlos que viene cabizbajo.)
¿Qué es eso? ¿Te han reprobado?

CÁRLOS. ¡Calle usted! (Temeroso de que le oigan.)

FACUNDO. ¡Vírgen María!

CÁRLOS. El caso es que yo sabía
la leccion que me ha tocado;
mas...

FACUNDO. ¿Quién á tu padre aguanta?
¡Y que ya ha venido!

CÁRLOS. ¡Oh!

FACUNDO. ¡Por vida!

CÁRLOS. Se me formó
un gran nudo en la garganta,
y me miraba tan fijo
el profesor...

FACUNDO. Vamos, ¿qué?

CÁRLOS. Pues nada, ¡que me corté!
FACUNDO. ¿Y te has hecho sangre, hijo? (Muy alarmado.)
CÁRLOS. No, señor.
FACUNDO. Pues sin reparo
cuéntame á mí la verdad.
CÁRLOS. Es que me dió cortedad...
FACUNDO. Vergüenza, ¿no es eso?
CÁRLOS. ¡Claro!
FACUNDO. Pues que el dolor no te venza
en tan terrible derrota.
Tú has sacado mala nota
por tener mucha vergüenza.
CÁRLOS. ¡Búrlese usté encima! ¡Oh!
FACUNDO. ¡Quita! ¡Perdon no mereces!
¿Qué te he dicho yo mil veces?
¿Qué te he predicado yo?...
El estudio, la constancia,
la aplicacion... ¡No te rias!
¡Y tú al abuelo le oias
con insolente arrogancia!
CÁRLOS. ¿Ni usted me ha de perdonar?
¡Eso me faltaba, abuelo!
Si en usted no hallo consuelo,
¿en quién le voy á buscar?
¿En mi padre? ¡Dios clemente!
¡Bonito génio es el suyo!
¡Primero de casa huyo
que mirarle frente á frente!
Yo comprendo que le abona
la razon: mi falta es grave;
mas mi padre, usté lo sabe,
ni se ablanda ni perdona.
Y ántes que ruda batalla
conmigo quiera librar,
¡me mato!
FACUNDO. ¿Quieres callar?
CÁRLOS. ¡Que me mato!
FACUNDO. (Muy asustado.) ¡Calla, calla!
¡No digas tal cosa, impío!
Te saca fuera de tí

el dolor. ¡Ven, ven aquí,
no pienses eso, hijo mio!
Ten calma: estás á mi lado. (Estrechándole.)
Modera tu insensatez.
¡Todo el mundo alguna vez
ha salido reprobado!

CÁRLOS. ¡Mi padre viene! ¡Gran Dios!
FACUNDO. ¡Serenidad!
CÁRLOS. ¡No, no puedo! (Queriendo irse.)
FACUNDO. No tiembles, no tengas miedo,
que yo hablaré por los dos.

ESCENA VIII

Dichos. RICARDO.

RICARDO. ¡Hola! ¿aquí estás ya?
CÁRLOS. (¡Yo sudo!)
RICARDO. ¿No era hoy tu exámen? ¡Contesta!
¿O no merece respuesta
tu padre?—Pero ¿eres mudo?
¿Te has examinado?
CÁRLOS. No.
FACUNDO. Sí.
RICARDO. ¿Si? Pues bien: ¿qué ha pasado?
FACUNDO. Pues que nos han reprobado.
RICARDO. ¿Que te han reprobado? ¡Oh!
¡Vete, vete! ¡Huye de aquí!
¡Que no te vea! ¡Ahora mismo!
¿Cómo tienes el cinismo
de presentarte ante mí?
¡Vete, que me desespero
y la cólera me ciega!
¡Así conmigo se juega!
¡Malgastar un año entero!...
¿Así premias mis afanes,
hijo ingrato? ¡Por quien soy!
¡Mas no importa! ¡Desde hoy
vivirás de lo que ganes!
¡Yo te enseñaré á apreciarlo,

aunque te haga padecer!
Desde hoy, si quieres comer,
¡te juro que has de ganarlo!

FACUNDO. ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Sí, señor, sí!
¡Vete, ó no respondo!...

FACUNDO. ¡Anda!
Haz lo que tu padre manda.

CÁRLOS. Pero... (Vásc.)

FACUNDO. Yo me quedo aquí.

ESCENA IX

FACUNDO. RICARDO.

FACUNDO. (Aunque el alma me taladre
yo sus humos bajaré.)
Siéntate: siéntese usté,
que se lo manda su padre.
¡Eres de sobra irascible
y yo bravatas no admito!
¡Vas echando un geniecito
que raya ya en lo insufrible!
Ves á tu hijo que llora
y que tiembla y se arrepiente,
y si yo no estoy presente...

RICARDO. ¿Va usté á disculparle ahora?

FACUNDO. ¿Pues no le he de disculpar?
¿Es tan grande su pecado?
¿O pretendes, desdichado,
que le mande fusilar?
¿Qué es todo ello en rigor? (Ricardo pretende hablar.)
¡Silencio! ¡Cierre usté el pico!
¿Que ha salido mal el chico?
¡Otra vez saldrá peor!

RICARDO. Pues que haga cuanto le cuadre
y pierda años.

FACUNDO. ¡Tonteria!
¡Si eso hiciera, no haria
más que imitar á su padre!

A ver: ¿cuál es tu carrera,
aunque dártela he querido,
responde? ¿En qué has invertido
tu juventud? ¡Calavera!
En gastar á troche y moche
yendo á orgías y á parrandas,
en juegos y en cuchipandas
por el dia y por la noche.
¡En estar haciendo el bú
á esta y la otra entretenida!
¡Esa es tu pasada vida,
eso es lo que has hecho tú!

RICARDO. ¡Oh!

FACUNDO. ¡No pienses disculparte!
Yo soy tu padre y tu juez,
y ahora dime: ¿alguna vez
he querido yo matarte?
¿Te arrojé yo de mi lado?
¿No tuve piedad de tí?

RICARDO. Porque he sido lo que fuí
y escarmiento en mi pasado,
quiero á mi hijo apartar
de cuanto sé que le pierde.
Si tasca el freno y le muerde,
nada me puede importar.
Yo cumplo con mi deber,
pues que sus faltas corrijo:
algun dia, si es buen hijo,
me lo habrá de agradecer.
¿He de estarme yo callado
viéndole hundirse en el lodo?
¡Ojala que de este modo
me hubiera usted educado!
Otra cosa de mí fuera:
quizá entónces yo estudiara
y no me echase usté en cara
el ser hombre sin carrera.
Son procederes distintos
los nuestros: sí, padre, sí:
por esa razon á mí

me abandonó á mis instintos;
y si no llegan á ser
tan nobles y tan honrados,
si yo en mis años pasados
no me llego á detener,
hoy tendría que llorar
quizá alguna falta grave.
¡Dios sabe, padre, Dios sabe
dónde hubiera ido á parar!
No me llame usté cruel
por hablarle de esta suerte:
cariño que da la muerte,
reniego mil veces de él.
No es que su afecto maldigo:
yo siempre ante usté me postro...
pero...

FACUNDO. Eso es, échame al rostro
mi bondad para contigo. (Llorando.)
¡Cállate, que me sonrojas!
¡Ingrato!

RICARDO. Escúcheme usté...

FACUNDO. ¡Pierde cuidado! ¡Me iré,
ya que de casa me arrojas!

RICARDO. ¡Padre, por Dios!

FACUNDO. ¡No replico!
¡Tú eres el amo de aquí!
¡Me marcho, me marcho, sí,
al punto, y me llevo al chico!

RICARDO. ¡Padre!

FACUNDO. ¡Es cosa decidida!...
¡Maltratar así á un anciano!
¡Quita, quítate, tirano!
¡Y caso al chico en seguida!

RICARDO. ¡Cómo! ¿Casarle?

FACUNDO. Eso digo,
y haces mal si te enfureces:
¡tú te has casado dos veces
sin consultarlo conmigo!

RICARDO. ¡Eso es imposible!

FACUNDO. ¡Oh!

RICARDO. ¿Y quién es ella?
FACUNDO. Cristina.
RICARDO. ¡Ah! ¿Y usté los apadrina?
Pues bien: ¡yo digo que no!
¡Estarse de mi burlando
de tan inícua manera!...
¿Quién en Cristina creyera?...
FACUNDO. ¡Silencio, que está escuchando!
(Mirando á la puerta tras de la cual se supone está Cristina.)
RICARDO. Que escuche: ¡yo no transijo!
Una santa podrá ser;
mas no es esa la mujer
que quiero para mi hijo;
¡y de todo soy capaz
ántes de cambiar de idea!

ESCENA X

Dichos. CRISTINA.

CRISTINA. Para evitar que así sea
hay un remedio eficaz.
No pretendo que usté ceje
en su opinion.
RICARDO. Yo lamento...
CRISTINA. Todo se arregla al momento
con que yo de aquí me aleje.
Quiero á Cárlos, le he querido,
y este amor es muy profundo;
mas ¡quién sabe! por el mundo
tal vez encuentre el olvido.
¿A qué espero ya? ¿Qué aguardo
si no hay otra solucion?
Tiene usté mucha razon:
¡soy muy pobre, don Ricardo.
No tengo timbres ni honores;
y á quien me haga su mujer
sólo le puedo ofrecer
un alma rica en amores.
¡Y eso es tan poco!...

RICARDO. No... sí...
FACUNDO. ¿Irte tú?
RICARDO. No sé qué haría...
FACUNDO. Sí; te marchas, hija mia,
mas no te apartas de mí.
RICARDO. ¡Padre!
FACUNDO. ¡Cállate, enemigo!
RICARDO. ¡Dios mio, mi frente abrasa!
FACUNDO. ¡Sí, tú te vas de esta casa,
pero te vienes conmigo!
¡No llores! ¿Porque no es rica?
Yo lo soy, y aunque machucho,
¡como me apures hoy mucho
me caso yo con la chica!

ESCENA XI

Dichos. CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Abuelo!
FACUNDO. Ya hice el propósito.
CÁRLOS. ¿Casarse ella con usté?
FACUNDO. No te apures: la tendré
en calidad de depósito.
RICARDO. Pero...
FACUNDO. Lo dicho: mañana...
Sígueme. ¿A quién se obedece?
¡Yo hago lo que me parece!
RICARDO. ¿Sí?
FACUNDO. ¡Lo que me da la gana!
CÁRLOS. Yo procuraré enmendarme.
RICARDO. ¡Véte tú tambien, impío!
FACUNDO. ¡No te importe, ven!
CRISTINA. ¡Dios mio!
RICARDO. Se han propuesto asesinarme.
FACUNDO. Sereis felices los dos:
os casareis, ¡yo lo quiero!
RICARDO. ¡Cárlos!
FACUNDO. ¡Anda!

ESCENA XII

Dichos. ANGUSTIAS.

ANGUST. ¡Caballero,
vengo á decirle á usté adios.
Al fin no es usté un infame,
y ántes de irme...
RICARDO. ¡Señora,
déjeme usté en paz ahora,
por aquello que más ame!
ANGUST. Pobre hija mia, ¡qué suerte!
Sana y buena aquí viniste,
y ahora te abandono ¡ay triste!
á las puertas de la muerte!
FACUNDO. Conque, adios. (¡No volveré!)
ANGUST. ¿Qué, tambien se marcha?
RICARDO. ¡Oh!
ANGUST. ¡Vámonos juntos!
FACUNDO. No, no:
conmigo no viene usté.
RICARDO. ¡Padre!
CÁRLOS. ¡Abuelito!
FACUNDO. ¡Callad!
RICARDO. Espere usted.
FACUNDO. (¡Ya se ablanda!)
Tú lo has querido. ¡Anda, anda!
RICARDO. ¡Que hago una barbaridad!
FACUNDO. ¡No!
ANGUST. ¡Jesús! éramos pocos...
FACUNDO. ¡Nadie dejará su puesto!

ESCENA ULTIMA

Dichos. MARÍA, dominando la situacion.

MARIA. ¡Papá! ¡Ricardo! ¿Qué es esto?
¿Se han vuelto ustedes ya locos?
¿Qué ocurre? ¿Tú lloras? ¡Oh!

¡Cárlos! ¡Cristina! ¡Mi madre
llora tambien, y tu padre,
y hasta llorando estoy yo!
¿Qué ocurre, vamos á ver?

FACUNDO. Que nos queríamos ir.

ANGUST. Que yo no puedo vivir
viéndote á tí padecer.

MARIA. Ó más claro y sin disfraz:
que aunque todos nos queremos
con el alma, no podemos
vivir unidos y en paz.
¿No es esto?

FACUNDO. Sí.

MARIA. Pues es harta
desdicha: es cosa cruel
que el odio no, y sea el
cariño quien nos aparta.
Tú me adoras, yo te quiero:
usted á todos nos quiere:
mi madre por mí se muere,
y yo por todos me muero.
Pues bien: ¿á qué padecer?
¿Por qué luchais y yo lucho?
¡Porque queriéndonos mucho,
no nos sabemos querer!
—Usted, madre, en realidad,
por todo se quita el sueño,
y en un detalle pequeño
ve usted una enfermedad.
Resultando de esto, que
aunque usted á una la quiera,
quiere usted de tal manera
que es preciso huir de usté.
—Usted, papá, es cariñoso
y de bondad está lleno;
pero á fuerza de ser bueno,
es usted muy peligroso.
—Tú,—decirlo es necesario,—
en todo eres diferente,
pues tocas precisamente

en el extremo contrario.
Tal vez quieres mucho más;
tal vez en tu alma de niño
hay para todos cariño,
pero á nadie se le dás.
Te muestras siempre severo
y muy frio, porque entiendes
que tu dignidad ofendes
sólo con decir: «¡te quiero!»
y te engañas,—te lo juro,—
no es conveniente abusar,
mas no se debe ocultar
lo que es tan grande y tan puro.
Aunque otros tu rumbo sigan,
no adoptes tú tales modos:
créeme, Ricardo, á todos
nos gusta que nos lo digan.
Por ser tan exagerado,
—no importa que esté presente,— (Por C rlos.)
por tener continuamente
á tu hijo contrariado,
ha llegado á rebelarse,
libre ya de tu opresion,
y ha estado en esta ocasion
á pique de desbordarse.
Una cosa es corregir
y otra cosa esclavizar:
lo que uno no puede dar
no se le debe pedir.
No digo que de él no cuides;
yo por nuestro bien te arguyo;
cada edad tiene lo suyo:
su edad, Ricardo, no olvides.
La juventud es la fuente
que ves brotar entre peñas,
y entre riscos y entre breñas
se desliza su corriente.
Jamás á su curso frio
un dique quieras poner:
deja, déjale correr,

que ya parará en el rio.
En fin, basta de llorar:
¡vuelva á nacer la alegría,
Ricardo!

FACUNDO. ¡Me la comía
sin poderlo remediar!

MARIA. ¡Cárlos! ¡Cristina! acercaos.

FACUNDO. ¡Si digo que es hechicera!

MARIA. Cuando acabe su carrera...

RICARDO. Bien, bien; casaos, casaos:
¡á este ángel se lo debeis!

CRISTINA. ¡Qué corazon tan hermoso!

CÁRLOS. ¡Yo trabajaré afanoso!

MARIA. Si os quereis, ¿qué más quereis?

CRISTINA. Con tal espejo delante,
yo seré una buena esposa.

CÁRLOS. Si no fueras tan celosa...

MARIA. Un poquito y es bastante.
Produce fieros dolores
esa pícara pasion:
mas siempre los celos son
la salsa de los amores.

ANGUST. Hija, mia, óyeme aquí:
yo no digo que te mueras;
pero ¿estás buena de veras?

MARIA. Sí, mamá.

ANGUST. ¡Más vale así!

FACUNDO. Oye tú aparte, pilluelo... (A Cárlos.)
¡Ji! ¡ji! Si no puedo hablar!...

CÁRLOS. Entiendo: se ha de llamar
Facundo.

FACUNDO. ¡Yo bisabuelo! (En el colmo de la alegría.)

CRISTINA. ¡Què feliz soy!

CÁRLOS. ¡Abuelito!

FACUNDO. Hemos vencido nosotros.
Con esto, y con que vosotros
no me quiteis á Tonito...

MARIA. No, mas...

FACUNDO. Ruego que prescindas
de sermones y ternezas:

no le daré más cerezas.

MARIA. Siendo así...

FACUNDO. (Le daré guindas.)

MARIA. Créeme: no es tan contraria
ni tan triste nuestra suerte:
me uní á tí para quererte,
no para ser millonaria.
Si mis cofres no están llenos
de joyas de gran valor,
teniendo en cambio tu amor
todo lo demás es ménos.

RICARDO. Sí, María, ¡yo te adoro
y sólo tu dicha ansío!

MARIA. Pues ese, Ricardo mio,
ese es el mejor tesoro.
Que no se rompa esta fé
que nuestra dicha asegura:
querámonos con cordura
y nunca olvidemos que,
cariños que se desatan,
hijos de la ceguedad,
son cariños, es verdad,
pero *¡Cariños que matan!*

FIN.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25, y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

...gencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa

FRANCIA.

...brería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

...r. *Wilhelm Friedrich*, editeur, Leipzig.

...eden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directa...e á los EDITORES, acompañando su importe en sellos ...anqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.